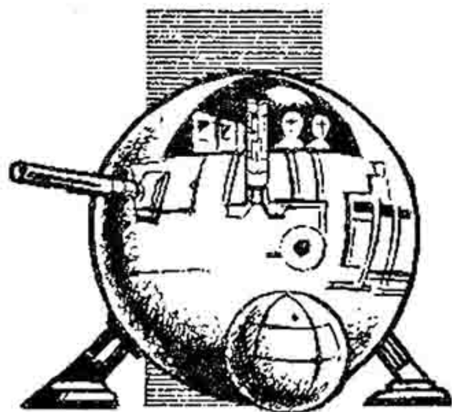

HEROES ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
LOS LIMITES DEL ESPACIO
LAW SPACE



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

164— *Rescate en Medon*, Eric Sorenssen
165— *El ojo de Ukhlan*, Lem Ryan
166— *Robinsones del espacia,* Bab Fleming
167— *Stop espacial*, Joseph Lewis
168— *Las bucaneras del espacia*, Joseph Berna

LAW SPACE

LOS LIMITES DEL ESPACIO

Colección HEROES DEL ESPACIO n.° 169
Publicación semanal

EDITORIAL BRIIGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 18.443-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: julio. 1983
2. ª edición en América: enero. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Valles (N 152. Km 21.650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Estaban perdidos...

Ed se había dado cuenta, después del último salto en el hiperespacio, mientras los otros dormían. Ninguna de las constelaciones que rodeaban al *Explorador I* le era conocida.

Y por mucho que repasó los planos celestes, no encontró nada que le sirviese de orientación.

Se habían perdido.

Sin embargo, Mike había afirmado que los cálculos eran correctos y que el «Salto Hiperespacial» debía haberles llevado a las proximidades de la Vía Láctea.

Ed Marric volvió a contemplar los grupos estrellados que le rodeaban por doquier. Ninguno de ellos era conocido ni ofrecía la forma aproximada de los que los hombres habían estudiado.

¿Volver?

Marric se estremeció.

Sin puntos de referencia en el Cosmos, sin nada en que apoyar los cálculos, la salida de aquella región desconocida era completamente imposible. Estaban irremisiblemente condenados a vagar por allí hasta que las raciones sintéticas se acabasen, mucho antes que las pilas atómicas que proporcionaban energía, luz y calor al astrocohete. Aquel viaje había sido una desgracia desde el principio. La astronave salió de Estados Unidos, de la Tierra, dos años antes, con la misión de investigar el espacio, más allá de Ganímedes. No habían encontrado más que sistemas planetarios en formación, soles gigantescos, estrellas blancas que acababan de formarse y que apenas si tenían diez mil millones de años de edad, alumbrando planetas recién nacidos, hirvientes como la lava de un volcán, modificando su masa y su densidad hacia una futura posesión de atmósfera.

Mike Cameron había hecho los cálculos del regreso, lanzando al *Explorador* por el canal hiperespacial a una velocidad de «2 c»[1].

Y de repente, cuando Ed, de guardia, había intentado encontrar el rastro luminoso conocido de las estrellas de la Vía Láctea, descubrió que se hallaban en una extraña y desconocida

parte del universo.

Era una condena de muerte.

Justamente la puerta de la cabina se abrió y Patrick Devey apareció en el umbral. Iba sonriente y con el primer cigarrillo de la mañana en los labios.

—*¡Helio, Ed!*

Debió notar algo en el rostro de Marric, porque acercándose a él, preguntó:

—¿Has pasado mala noche?

—¿Noche? ¿Cuándo vas a aprender que no hay día ni noche en los viajes espaciales?

—¡Hombre! Es una costumbre que no se me quitará nunca. Para mí descansar ocho horas es equivalente de noche... Bueno, si quieres llamémosla guardia. ¿Has pasado mala guardia?

—No y sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos hemos extraviado.

—¿Qué quieres decir?

—Que Mike ha debido equivocarse y que hemos ido a parar a una zona del espacio que no conocemos... ni está en los mapas celestes.

—¿No estarás soñando?

—Mira tú mismo...

Patrick miró al cielo, observó las cartas de navegación, repasó los mapas, volvió a mirar al cielo...

Una palidez intensa cubrió su rostro.

—Tienes razón... —musitó, sordamente.

Y, de repente, cuando la verdad se hizo en su mente, exclamó:

—Pero ¡esto significa que no tenemos salida!

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Entonces?

Ed se encogió de hombros.

—Hemos jugado... y hemos perdido: eso es todo.

Hubo un largo silencio; después Dewey dijo:

—Hemos de despertar a los demás.

—¿Para qué? ¿No tienen tiempo de saberlo?

—Pero ¡hay que pensar algo! ¡Buscar una solución!

—No te engañes así, amigo mío. Sabes, tan bien como yo, que no hay solución. En realidad, no nos queda más que una salida...

Los ojos del otro brillaron con un destello de loca esperanza.

—¿Cuál?—inquirió, con ansiedad visible.

—Buscar un planeta apto, por aquí..., y. esperar la muerte o la vejez, que es casi lo mismo.

—¡Eso es una locura! ¿Quieres condenarnos de esta manera?

La sonrisa que apareció en el rostro de Marric, aun queriendo expresar la respuesta a la estupidez de la pregunta de su camarada, poseía un no sé qué de triste fatalismo.

—¿Yo? ¿Has perdido los estribos? Yo no hago más que ver las cosas con serenidad, sin dejarme llevar por ilusiones que no servirían de nada.

—¡Voy a llamar a los otros!

Ed permaneció allí, mirando a las desconocidas estrellas, como si desease encontrar en ellas, tal como un moderno astrólogo, la respuesta a las preguntas que su mente formulaba sin cesar.

¿Qué más se podía pedir de un planeta tranquilo donde poder terminar la vida?

¿No era mejor aquel destino que el que otros astronautas habían tenido, al fallar sus motores de impulsión, convirtiéndose en satélites de cualquier mundo y condenados a girar por una órbita cualquiera, en medio de la negrura del espacio?

Ed Marric se consideraba —y lo era— un hombre normal. «Un hombre medio», como él mismo solía decir. Todo en él estaba mesurado, medido, sin lugar a estridencias o exageraciones, como si fuese capaz de dosificar lógicamente sus pasiones y sentimientos, equilibrándolas de manera a gozar de la vida..., sin pedirle demasiado.

Había que saber perder.

Este era el lema de Ed Marric.

Las voces de sus compañeros le hicieron volver la cabeza hacia la puerta de la cabina de mando, por la que irrumpieron, en grupo, vociferando y deseando hablar todos a la vez.

Se precipitaron hacia los ojos de buey, manosearon los mapas, gritaron, armando un alboroto indescriptible, se contradijeron, peleándose casi. Finalmente, guardaron silencio, mirándose los unos

a los otros.

—¡Menos mal! Siempre, queridos amigos, la calma sucede a la tempestad. ¿De qué os ha servido alborotaros? La situación es clara: estamos perdidos y hemos de buscar un sitio donde poder pasar el tiempo que nos quede de vida: un sitio tranquilo, apto para nosotros y en el que podamos instalamos lo más cómodamente posible.

Tardaron unos segundos en contestar, hasta que lo hizo Dick:

—¿Es eso todo lo que puedes ofrecemos?

Ed torció el gesto.

—¡Basta! ¿Qué demonios os ocurre? ¿Es que queréis descargar toda la responsabilidad sobre mí? Después de todo, si alguien cometió un error de cálculo, ése fue Mike, el encargado de la astronavegación. Yo no he hecho más que proponer una solución..., eso es todo.

»Pero si alguno de vosotros dice o propone algo que sea mejor, estoy dispuesto a estudiar la solución y aprobarla con todas mis fuerzas. Pero que conste que no tengo ninguna culpa en lo que ha ocurrido y que no permitiré que os dirijáis a mí como si yo fuera el autor de esta situación.

Patrick sonrió.

—Perdona, Ed, pero quizá nos hayamos dejado llevar por la preocupación. ¿Qué os parece la proposición de Marric, amigos?

—Yo creo que es la única viable —repuso Fred Carve, moviendo sus ojos saltones.

—Lo primero es orientarse —apuntó Dick Hardy, el donjuán del grupo—. Ya sabéis —agregó, sonriendo— que me importa poco la clase de planeta que escojáis, siempre que haya hermosas habitantes en él.

—¿Habitantes? —se extrañó Ed—. ¿Es que piensas encontrar, por este lado del espacio, mundos habitados?

—¿Por qué no?

—Ya habéis visto lo que hemos observado en Ganimedes.

—Y eso, ¿qué? —el tono de Arnold Benson era un tanto pedante, como de costumbre—. Igual puede haber mundos habitados que no haberlos. Sin necesidad de manejar el hiperespacio, podemos hacer una investigación por toda esta zona del universo. A una velocidad de «un día-luz» por hora [2], investigaremos una gran

parte de esta galaxia. ¿Qué os parece?

Todos estuvieron de acuerdo.

Se pusieron inmediatamente al trabajo, dibujando un plano elemental de lo que les rodeaba, tomando como puntos de referencia un grupo de soles aislados, al que aplicaron la dirección de un nuevo Norte [3].

La labor les hizo olvidar, de momento, el trágico sentido de la situación en que se encontraban; pero después, cuando todos los cálculos se hicieron y el *Explorador 1* se lanzó hacia la dirección que Mike le había impuesto, la tristeza volvió a aparecer en sus rostros, hundiéndose en un silencio que explicaba, sin necesidad de palabras, la angustia que empezaba a adueñarse de ellos.

Once grupos de planetas, correspondientes a tres Sistemas distintos, fueron profundamente analizados por los «prospectares automáticos» del *Explorador I*. Pero las soluciones entregadas por el cerebro electrónico, como integración de todos los detalles recogidos, dieron resultados negativos, haciendo ver a los astronautas que no eran, en modo alguno, habitables.

Después tuvieron que dar un salto de más de cien mil millones de kilómetros, atravesando una capa de asteroides que les recordó la que tantas veces habían pasado, entre Marte y Júpiter. Aquello les hizo pensar, una vez más, en la suerte horrible que el destino les había deparado.

Pero lo verdaderamente catastrófico ocurrió en el quinto día de navegación, cuando después de la zona de asteroides penetraron en un nuevo sistema que, según vieron en seguida, no poseía más que un solo planeta, iluminado por un hermoso sol, en todo semejante, por su categoría de estrella, al de la Tierra.

Estaban comiendo y Mike acababa de levantarse para echar una ojeada a los aparatos de control, ya que tenía puesto en marcha el piloto automático.

Ed le vio levantarse de la mesa, acariciándose la extensa calva, como solía hacer frecuentemente, saliendo después de la amplia cabina que les servía de comedor.

Apenas habían transcurrido cinco minutos que Cameron había desaparecido, cuando volvió, pálido como el papel, con una indecible expresión de horror en los ojos.

—¡Se ha fundido el transformador de energía!

La sorpresa fue tan grande, que todos se levantaron, al unísono, sin atreverse a decir nada. La noticia era tan grave, que igual hubiese sido que Mike dijese que el astrocohete acababa de partirse en dos.

En efecto, el transformador de energía, que en realidad era un conductor complicado, que servía para aprovechar la fuerza explosiva de los cohetes, ordenando la energía, era el alma de la astronave y su pérdida significaba que el astrocohete no recibía el impulso que le proporcionaban las pilas, que habían quedado completamente desconectadas del motor.

No podían, por otra parte, soñar en reparar aquello, ya que, al fundirse, las piezas del delicado mecanismo habían desaparecido y no poseían nada que pidiese sustituirlas.

¿Cómo había podido fundirse?

Sobraban ya las respuestas, puesto que era completamente inútil hasta preguntar los motivos de lo ocurrido.

Silenciosamente, Ed, que, como siempre, era el más ecuánime, salió del comedor, dirigiéndose a la sala de aparatos.

Todos le siguieron en silencio.

Una vez en la cabina de mando, Marric observó la deriva del astrocohete, estudiando detalladamente su trayectoria; después, mirando a los otros, dijo:

—No tenemos salvación. Vamos de cabeza a ese planeta.

A la velocidad que la astronave se desplazaba, la sola fricción en la atmósfera del planeta, por muy tenue que ésta fuese, provocaría una elevación tan tremenda de la temperatura que la astronave se fundiría por completo.

Después de todo, la muerte sería tan rápida...

Dick cerró los puños.

—¡No hay derecho! —exclamó.

Pero nadie se hizo eco de aquellas palabras que, como cualquier otras, no servirían ya para nada.

Más práctico, Marric miró a Cameron, cuya calva brillaba por el efecto del sudor que la cubría.

—¿No podríamos poner en marcha los cohetes auxiliares antes de llegar a la atmósfera de ese planeta? —inquirió.

—¿Qué adelantaríamos?

—Frenar un poco la velocidad del *Explorador*.

Mike se dirigió al cerebro electrónico, planteándole unos cálculos complejos que la máquina no tardó en resolver.

Con la tarjeta perforada en la mano, Cameron se acercó a Ed.

—Con todos los cohetes auxiliares —dijo—, puedo lograr que perdamos un impulso de doce mil kilómetros por segundo.

Ed se encogió tristemente de hombros.

—No es suficiente...

Venciendo la inercia que también se había apoderado de él, Ed se acercó a los «tele-prospectores», enfocándolos hacia el planeta, cuya esférica forma iba creciendo en el horizonte visible.

Los detalles se fueron inscribiendo en la cinta de plástico que arrojaba la ranura de la máquina.

—La densidad de esa atmósfera es semejante a la nuestra, así como la proporción de los gases importantes: oxígeno y nitrógeno. Eso quiere decir que es perfectamente respirable.

Arnold Benson lanzó una carcajada formidable.

—¿Por qué no nos proporcionas más detalles halagüeños, imbécil? —gritó, cerrando los puños amenazadoramente—. ¡Dinos que hay agua, comida en abundancia, ciudades repletas de gente que está deseando abrazamos y colmarnos de todo lo que nos ha faltado durante este viaje! ¡Di a Hardy que cientos de mujeres hermosas le están esperando y que caerán rendidas a sus pies, nada más verlo!

Echaba espuma por la boca.

—¿Por qué no nos prometes un verdadero Edén, estúpido? Dentro de poco, cuando el *Explorador* se convierta en una brasa, antes de desintegrarse por completo... ¿qué haremos con un oxígeno y tu nitrógeno? ¿Qué haremos con una atmósfera respirable si ya estaremos convertidos en átomos?

—¡Calla, Dick! —repuso, dulcemente, Marric—, De nada sirve que nos amarguemos estos últimos instantes. Es mejor que cada uno se desahogue como quiera...

—¡Eso es lo que voy a hacer!

Y se lanzó contra Ed

Pero, en aquel momento, una especie de relámpago cegador les envolvió por completo.

CAPITULO II

Ed sintió un lejano ruido de voces, pero estaba aún demasiado hundido en aquella especie de pozo sin fondo para dar importancia a lo que oía.

Desesperadamente, con un ansia que nacía de lo más profundo de su instinto de conservación, intentó anudar algunas ideas de las que, deshilachadas, corrían por su mente. Luego, a medida que iba recordando, consiguió precisamente lo contrario a la seguridad que deseaba; una conclusión que no podía ser más que la de la misma muerte.

Porque estaba muerto.

No le cabía la menor duda y todo aquello que era capaz de pensar, de darse cuenta de que su mente «seguía trabajando», debía pertenecer a la nueva forma de existencia, al otro lado de la vida que poseía cuando el astrocohete se desintegró.

Se sintió invadido por una sensación que jamás había experimentado. Y, haciendo un supremo esfuerzo, intentó adaptarse a aquella nueva situación, haciendo lo imposible por comportarse como un hombre «que acaba de morir».

La carcajada le dejó frío, perturbando la marcha de sus ideas.

¿Era posible que un muerto oyese reír?

Porque, además, aquella risa segura, fuerte, no podía ser más que la de Arnold Benson, el hombre que se había lanzado furiosamente contra él, justo en el momento en que aquel cegador relámpago les había envuelto.

Poco a poco, con una lentitud desesperante, fue tomando contacto con su cuerpo, creciendo en él la idea de que no había muerto, sino que se encontraba en un estado muy parecido.

¿Herido?

No lo sabía.

Por último, ya cerca del borde de la conciencia, abrió los ojos.

El contacto con la realidad fue brutal y tuvo que cerrarlos nuevamente, de modo a ordenar sus ideas de una forma más lógica. Porque lo que había visto sus ojos era la cámara de mando de la astronave, «en perfecto estado», lo que le demostraba que el

astrocohete no se había desintegrado.

¿O seguía soñando?

Abrió nuevamente los ojos, contemplando con entereza cuanto le rodeaba. Así, por la fuerza de la realidad, tuvo que llegar a la conclusión de que estaba tendido en el suelo de la cabina, completamente vivo y sin aparente herida en el cuerpo.

Por lo menos no sentía dolor alguno.

Una nueva carcajada de Benson le dio fuerzas para sentarse en el suelo. Y fue en aquel momento cuando la cabeza calva de Mike se asomó a la puerta de la cabina.

—¡Eh, amigos! —llamó—. ¡Ed ha vuelto en sí!

Entraron todos, sonrientes, mirando a Marric con franca simpatía

Arnold se acercó a él, tendiéndole una mano y ayudándole a incorporarse:

—¿Cómo te encuentras, Ed?

—Bien... ¿Qué ha pasado?

Pero Benson no contestó inmediatamente a su pregunta.

—Quiero pedirte perdón, muchacho. Estoy arrepentido... Me porté como un estúpido al abalanzarme sobre ti...

—Eso está olvidado.

—Gracias. Pero has de comprender que estaba como loco... Todos estábamos igual de desesperados.

Marric esbozó una sonrisa.

—Olvídalo —y mirándole fijamente—. ¿Qué ha pasado, Benson?

El otro sonrió, a su vez.

—¡Que hemos tenido una suerte loca, Ed! ¡Hemos aterrizado en el planeta, saliendo ilesos contra todo lo que podíamos prever!

—¿Es posible?

—Como lo oyes. También perdimos nosotros el conocimiento, pero tú tuviste, por mi culpa, la peor parte, ya que cuando aquel relámpago nos cegó, yo caí sobre ti y quedé encima. Por eso tu desvanecimiento ha durado más tiempo.

—Lo importante es que nos hayamos salvado.

Intervino Cameron, cuya calva había dejado de sudar.

—¡Estamos como locos, Ed! Porque no podemos explicarnos la

manera cómo el *Explorador* ha logrado atravesar la atmósfera sin arder como una paja... y, además, aterrizar tranquilamente, sin que ninguno de nosotros interviniésemos.

—¿No ha funcionado el automático?

—Sí; pero ¿qué importa? La velocidad con la que incidimos en la atmósfera de este mundo era suficiente para que ninguno de nosotros lo contásemos ahora. Además, ¿qué puede hacer el automático, en materia de aterrizaje, sin que funcionen los cohetes auxiliares de frenaje?

—¿No han funcionado?

—¡Qué va...! Ahora mismo venimos de verlos, tan campantes y enteros como estaban antes. ¡Ni uno sólo se ha disparado!

—Es formidable.

—Más de lo que te imaginas.

—Habrá que consignar todo esto en el libro de a bordo. Es posible que no conozcamos al *Explorador* y que esta nave sea capaz de cosas que no imaginábamos.

—Eso es lo que nosotros hemos pensado. En cuanto a anotar en el libro de bitácora, es mejor dejarlo... Porque si hemos tenido la suerte de llegar hasta aquí, otra cosa será abandonar este mundo y volver al nuestro.

—Es verdad.

Callaron y, durante unos minutos, la expresión de sus rostros volvió a ensombrecerse.

—¡Basta de pesimismos! —gritó Benson, rompiendo el molesto silencio que se había adueñado de la cabina—. ¡Ven con nosotros, Ed! Vamos a enseñarte algo verdaderamente sorprendente.

Marric los siguió, yendo directamente al mirador de popa, un semicírculo de plástico que permitía una visión amplia y luminosa de los alrededores.

—¡Mira!

Ed sintió que una emoción se apoderaba, bruscamente, de él.

Fuera del astrocohete, los árboles, las plantas y el suelo poseían un color azulado-verdoso, quizá producido por la refracción de la luz solar, que producía un resultado verdaderamente magnífico.

Detrás, las colinas ondulaban suavemente, cubiertas de vegetación, y un cielo con pocas nubes ponía un techo sin mácula a

aquel cuadro idílico.

—¿Qué te parece?

Marric no contestó.

—¡Qué tranquilidad!

—¿Verdad que sí? —inquirió Fred Garve—. Nos ha llamado la atención a todos.

—Lo creo. Es algo que parece emanar de cada cosa, de cada objeto... ¿Qué clase de vida habrá aquí?

—Como la de la Tierra, aproximadamente —dijo Benson—. ¿No ves los pájaros sobre los árboles?

—Sí es verdad.

—También hemos visto, hace poco, un cervatillo que pasaba tranquilamente hacia aquella parte. —Miró, un tanto extrañado, al astrocohete, pero no se alteró lo más mínimo y siguió su camino.

—¡Buena caza, amigos! —exclamó Benson—. ¡Ya empezaba a estar harto de comida sintética!

—Yo sueño con un buen filete asado —opinó Mike, acariciándose la calva.

—No estará mal, en efecto —dijo Ed—, cambiar un poco nuestra alimentación. Creo que lo pasaremos bastante bien en este planeta.

—El único que está un tanto descorazonado —dijo Patrick, sonriendo— es Hardy... ¡Dick no estará contento hasta que encuentre alguna habitante de este mundo a quien enamorar!

—¡No veo la gracia! —protestó, agriamente, el interpelado.

Pero Garve, desviando la conversación, preguntó:

—¿Creéis que habrá hombres como nosotros en este planeta?

—Es más que probable —repuso Marric—. Hay árboles, aves y según me habéis dicho, mamíferos. Sería muy extraño que la vida se hubiese detenido en un cuadrúpedo.

—Si hay hombres —dijo Benson—, habremos de tener cuidado. Saldremos armados y abriremos bien los ojos. Yo propongo que siempre queden dos de guardia en el *Explorador*.

—Creo que es lo mejor.

Y Ed, que les había escuchado con un aire distraído, inquirió:

—¿Habéis analizado detenidamente la atmósfera?

—Yo lo he hecho —repuso Dewey— Es perfectamente

respirable.

—¿Pues qué esperamos? —dijo Benson—. ¿Olvidáis que hemos de celebrar nuestra gran suerte? ¿Qué os parece un asado de ciervo? ¡Yo me encargo de procurároslo!

—¿Quién va a quedarse de guardia? —inquirió Mike.

—Yo seré uno —repuso Hardy, rápidamente—. No me interesa conocer un mundo deshabitado.

Sonrieron.

Patrick Dewey dijo que él se quedaría con el inconsolable donjuán. Los otros, una vez cogieron armes, hicieron que se abriese la compuerta de seguridad, deslizando la rampa de salida.

Momentos después estaban fuera.

Respiraron con glotonería el fresco aire del exterior, lleno de olores balsámicos y de una pureza extraordinaria.

—Es una atmósfera limpísima —dijo Ed—. ¿Os dais cuenta de la pureza del ambiente? No hay polvo ni olores desagradables.

—¡No te equivocaste, Ed!

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando veníamos lanzados hacia este planeta y que estábamos seguros de que nos haríamos trozos? En aquel momento, cuando tú nos hablabas de la atmósfera que acababas de analizar, brillaban tus ojos como si ya vieses todo esto... Yo te dije, intentando insultarte, que nos estabas prometiendo un Edén..., ¿lo recuerdas ahora?

Marric sonrió.

—Sí, lo recuerdo.

—Por eso te he dicho que no te habías equivocado... ¡Menudo planeta! La lástima es que no podamos regresar a la Tierra. ¿Te imaginas el fabuloso negocio que haríamos vendiendo parcelas en este paraíso?

—Sueñas, Benson.

—¿Por qué no podemos regresar a nuestro Sistema?

—No. Aunque volviésemos, ya sabes que no podrías hacer lo que estás pensando. Estamos obligados a informar a la Comisión Sideral de Nuevos Mundos...

—¡Esa es una de las cosas que yo veo mal techas! ¿No somos nosotros los que nos jugamos la vida en los viajes espaciales? ¡Pues

debíamos ser los únicos en beneficiarnos, ya que los peligros son solamente para nosotros! La gracia es que después se enriquecen con nuestros descubrimientos cuatro granujas que son amigos de los directores de la comisión, con los que comparten los beneficios.

—Ya sé que eso es verdad; pero no debes olvidar que nos pagan bien y que lo que resulte de nuestros viajes no debe importamos.

Arnold torció el gesto.

—¡Siempre tan soñador, Ed! ¡Siempre el mismo! Pero yo no pienso como tú y deseo, desde hace muchísimo tiempo, convertirme en un tipo poderoso como uno de esos favorecidos por la comisión.

—Arnold tiene razón —intervino Cameron—. ¿Te imaginas la considerable fortuna que podríamos obtener de un mundo como éste? ¿Habéis olvidado, acaso, lo que ocurrió en Venus, hace trescientos años?

—He oído hablar de ello...

—Pues voy a refrescarte la memoria, Marric: Hombres como nosotros, astronautas perfectamente pagados, pero idiotas como nosotros, visitaron Venus... Seis de los doce se quedaron allí, perdidos en las brumas, sin que se supiese más de ellos. Uno de los supervivientes, que había estudiado química, logró una fórmula para hacer desaparecer aquella horrible niebla del planeta.

»Durante seis años trabajó como un loco, logrando, finalmente, hacer de Venus la maravilla que es ahora. Locos de contento, los seis regresaron a la Tierra, seguros de ser recibidos en triunfo...

—Y lo fueron...

—Ya lo sabemos. Hubo fiestas, música, medallas, condecoraciones, charlas ante la televisión mundial... y un premio de un millón de cosmos para cada uno. Pero la tajada se la quedó la comisión, como dice Benson, y sus amigos de siempre. Solamente Cutlandia, el continente más pequeño de Venus, proporcionó, vendido en parcelas, once millones de macrocosmos. Y no olvides, amigo Ed, que un «macro» vale un billón de cosmos normales.

—Todo ese dinero se empleó en mejorar la Tierra.

—Eso fue lo que dijo la propaganda oficial. Pero los amigotes de la comisión se hincharon: ésa es la verdad. Uno de ellos, cuyo nieto conocemos, compró, de golpe, los derechos de todos los viajes extraoficiales a Marte... ¡Una bicoca!

—Nosotros no somos hombres de negocios, sino astro-nautas.

—Eso lo dirás por ti, soñador.

Ed estaba profunda y sinceramente impresionado por aquella paz.

Había algo que no terminaban de comprender enteramente y que le causaba, sino un malestar, sí una sensación indefinible, cuyo contenido era incapaz de analizar.

Fue entonces cuando aparecieron los animales.

—¡Cuidado! ¡Escondámonos! —exclamó Benson, ocultándose precipitadamente detrás de uno de los árboles.

Sus amigos le imitaron.

Pero si lo que Arnold temía era que los animales se asustasen, se equivocó por completo, ya que los tres animales, la madre y dos retoños todos ellos magníficos ejemplares de ciervos, continuaron tranquilamente su marcha hacia los humanos, sin parecer preocuparse mucho de ellos.

—No han debido ver nunca un hombre —susurró Ed.

—¡Mejor que mejor! —repuso Arnold—. Voy a matar al grande.

—No hagas eso —dijo Ed, rápidamente—. ¿Por qué vas a dejar sin madre a los pequeños?

—¿Qué tonterías estás diciendo, Ed? Con los dos cervatillos no tenemos ni para un bocado.

—Mata a los tres. Creo que es la mejor solución.

—¿Tú no vas a disparar?

—No.

Benson sonrió, despectivamente.

Dijo, con burla:

—Lo lamento, pero nos veremos obligados a darte las peores tajadas.

Marric no contestó.

Sus tres compañeros dispararon al unísono, haciendo blanco, ya que se habían distribuido previamente las piezas. Los animales se desplomaron y un fantástico revolotear de pájaros asustados llenó el ambiente.

—¡Buena puntería! —exclamó Fred Garve.

Corrieron hacia los ciervos, contemplando su aspecto magnífico.

Benson se pasó la lengua por los labios.

—¡Vaya banquete!

Y volviéndose a Ed, que se acercaba a ellos:

—¿Qué te ocurre, Marric? ¿Reproches de conciencia o formas parte de la Liga de Protectores de Animales?

Ed respondió:

—Perdona, Arnold. Es posible que te parezca estúpido..., pero no sé lo que me ha pasado.

—Por esta vez, amigo mío, perdonamos tu timidez. ¡Comerás lo mismo que nosotros!

¿A qué era debida aquella sensación extraña?

¿Qué especie de maleficio ejercía sobre él el ambiente que le rodeaba?

La impresión que le estaba causando, además de molesta, era descorazonadora.

Y fue en aquel instante, cuando intentaba, noblemente, analizar sus sentimientos, que Fred lanzó la exclamación:

—¡Mirad!

Y señalaba a los animales.

Los cuatro hombres se inclinaron rápidamente sobre los ciervos.

El espectáculo era, ciertamente, aterrador.

Porque el cuerpo de los animales se estaba descomponiendo a una velocidad tal, que un hedor insoportable se producía ya en aquellos momentos.

CAPITULO III

Mike encendió un cigarrillo y después de lanzar una bocanada de humo:

—No hay más que una explicación —dijo, sentenciosamente.

Hardy, que acababa de tomar sus pastillas de «superenergina», sonrió despectivamente.

—No perdemos nada al oír las manifestaciones de nuestro «profesor» —y sin abandonar el tono burlón—. Háblanos de tus hermosas teorías, Mike.

Cameron se encogió de hombros.

—Me importa un bledo que intentes burlarte de mí, Dick. Después de todo, estamos seguros que tu cerebro no funciona más que cuando tienes una mujer bonita al lado.

—¿Quieres explicamos lo que piensas — intervino Garve, con voz agria—, sí o no?

—Yo creo que es el ambiente de este planeta el que descompone los animales a esa velocidad.

—¡Señores! —exclamó Dick, más burlón que nunca—. Ya pueden preparar los tenedores y cuchillos... Con la explicación que ha encontrado nuestro querido Mike nos daremos un banquete.

—¡No sigas diciendo estupideces! —exclamó, coléricamente, Benson, agregando después—: ¿Por qué no te das una vueltecita por ahí fuera?

—Yo te acompaño —dijo Dewey—. Nosotros no hemos salido aún del astrocohete.

Y cuando los otros dos salieron, después de unos instantes de silencio, Mike creyó que había llegado el momento de exponer claramente sus puntos de vista.

—Una vez que demostremos que la corrupción de los cadáveres es obra del medio ambiente, no creo que tengamos que abandonar por eso la esperanza de comer carne. Tú, Ed, eres un técnico en la materia y podrás preparar una cámara frigorífica con una de las pequeñas pilas atómicas portátiles. ¿No lo ves realizable?

—Es factible.

—Pues bien, una vez que Marric haya preparado los frigoríficos,

saldremos de nuevo a cazar, y meteremos las presas, inmediatamente estén muertas, en el interior de la cámara de frío. Así no habrá miedo a que se descompongan.

Benson sonrió.

—Creo que, en efecto, es la mejor solución... ¡Yo no puedo resistir este verdadero apetito que me consume! Digan lo que digan, los comprimidos de «superenergina», aunque sacian, no hacen trabajar los dientes como creo que deben trabajar.

—¿Cuándo vamos a explorar el planeta? —inquirió Dewey.

—Pronto, aunque no creo que encontremos nada interesante. Todo debe ser lo mismo.

Ed frunció el entrecejo.

—Sigo creyendo —dijo— que hay seres inteligentes y humanos.

—Eso no es más que una mera hipótesis —contradijo Mike—. Aunque no niego rotundamente la existencia de seres humanos, deben estar muy lejos de aquí.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En el comportamiento de los ciervos. Si hubiera seres humanos, habría, sin ninguna duda, caza y esos animales no se hubiesen acercado tan confiadamente a nosotros.

—Cameron tiene razón —concluyó Benson.

La puerta de la sala acababa de abrirse y Dewey, visiblemente agitado, apareció en el umbral:

—¡Hay hombres!

—¿Eh?

—¡Sí, hay hombres en este planeta!

—¿Los habéis visto?

—No.

Benson sonrió.

—¿Entonces? —dijo.

Pero Ed, inquieto, preguntó:

—¿Y Hardy?

—Está siguiendo las huellas.

Arnold se impacientó.

—¿Qué huellas? ¿Qué ha pasado? ¿Quieres hacer el favor, de explicarte claramente?

—Sí..., salimos del *Explorador*, dirigiéndonos hacia unos

árboles. Anduvimos unos doscientos metros cuando Dick, que iba mirando el suelo, vio la huella de un pie calzado. En seguida comprobamos que había muchos más.

—¿Un pie calzado?

—Sí. Todos iban así y las marcas de los tacones eran perfectamente visibles en la tierra húmeda. Quise que Hardy volviese conmigo, pero no quiso; yo he venido corriendo a comunicároslo.

Arnold se puso en pie.

—¡En marcha! Coged las armas... Tú, Ed, y tú, Cameron, os quedaréis aquí.

Mike torció el gesto.

—¡Hombre!—protestó.

Pero Benson no le hizo caso.

Por algo era el capitán del *Explorador*.

* * *

Una emoción indescriptible se había apoderado de Dick.

La aparición de las huellas le había hecho sonreír, cambiando bruscamente su estado anímico que, hasta entonces, había sido más bien pesimista.

¿Qué podían comprender sus compañeros?

A él le importaba poco volver o no a la Tierra.

Por eso, la perspectiva de quedarse solo con sus amigos le había amargado profundamente.

Aunque ahora...

Miraba las huellas, siguiendo el camino que trazaban hacia el interior del bosque, intentando adivinar, en las más pequeñas, ese algo de femineidad que buscaba afanosamente.

¡En tanto fuesen hermosas!

Ni una sola vez miró hacia atrás, para ver si sus compañeros le seguían. Su única preocupación era ver a los seres, a los que no temía, ya que su rifle magnético les demostraría, en caso de que se mostrasen agresivos, que no podía jugarse con los terráqueos.

Aunque, en el fondo, deseaba que los habitantes de aquel planeta fuesen pacíficos, cosa que le facilitaría mucho la labor.

Acababa de atravesar una zona de espeso bosque cuando, al entrar en un calvero... ¡los vio!

Estaban allí, mirándole, esperándole...

Eran hermosos, altos, rubios, de anchas espaldas y cuerpos magníficamente proporcionados. Vestidos con telas sencillas, llevaban el tórax descubierto, ya que se cubrían con unas cortas túnicas.

En cuanto a ella.

Porque «ella» estaba allí, con sus largos cabellos rubios, como una germana deidad que un fabuloso Wagner no se hubiese cansado de cantar. Ella, a diferencia de los hombres, llevaba una túnica azul sobre los hombros, que le llegaba más abajo de las rodillas.

Pero, de todos modos, su espléndida belleza de daba a conocer en mil detalles deliciosos.

Hardy la contempló arrobado.

Ni por un momento pensó en el peligro que hubiese significado una actitud agresiva de aquellos seres. La misma tranquilidad, idéntica paz brotaba de las cosas que de aquellas criaturas.

Extasiado, Hardy contempló a la hermosa mujer de cabellos rubios.

Fue entonces cuando uno de ellos, joven como los demás, pero de rasgos más firmes, se acercó al terrícola.

—Los Uman te saludan, extranjero.

—¿Cómo? Tú no hablas mi lengua y yo comprendo lo que dices.

El Uman sonrió.

—Nuestro lenguaje es universal.

—¿Telepatía?

—No sé lo que es eso. Nosotros no hablamos con sonidos, sino con ideas. Por eso somos capaces de convertir tus sonidos en ideas. ¡Bienvenido a Pantar!

—¿Cuándo os habéis dado cuenta de nuestra llegada?

—Eso no importa. Nos imaginamos que debisteis perderos y nos complacerá mucho poder ayudaros. ¿De dónde venís?

—De la Tierra, a muchos miles de billones de millas de aquí.

—No entiendo mucho, pero basta que seáis como nosotros para

damos cuenta de que habéis de ser nuestros hermanos.

—¿Vivís en el bosque?

—No. Tenemos una gran ciudad, Ak-Uman..., detrás de aquella colina.

—¿Sois muchos?

—No muchos, si nos comparas con las estrellas, pero sí los bastantes para ser felices en Pantar.

Aquel lenguaje le hizo gracia a Hardy, que lo encontraba demasiado florido.

Fue a contestar algo, pero la llegada de sus amigos se lo impidió. Todos ellos llevaban las armas apercibidas, pero su actitud belicosa cedió un tanto al comprobar el pacifico aspecto de los indígenas.

Acercándose a Dick, Benson emitió un significativo silbido:

—Estarás contento de tener ante tus ojos una preciosidad como ésa, ¿verdad, granuja?

—¡Cuidado! Entienden nuestra lengua...

Y antes de que ninguno de ellos pudiese agregar una palabra más, la joven se les acercó, sonriendo:

—¿De verdad que me encontráis hermosa?

Dick sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Hermosa? He visto muchas mujeres, pequeña, pero ninguna como tú; te lo aseguro.

Ella se volvió hacia sus compañeros y, dirigiéndose al que había hablado con Hardy, dijo:

—¿Has oído, Alman?

—Dicen la verdad, Ymila... ¡Eres verdaderamente hermosa!

Ella frunció graciosamente el entrecejo.

—Daría voluntariamente toda mi belleza por ser como tú.

—¿Eh? —se amoscó Dick—. ¡Tu hermosura vale más que cualquiera otra cosa!

Le miraron aquellos bellos ojos azules.

—¿Tú qué sabes, extranjero? Hay en una sola idea de Alman más valor que en toda la belleza de las mujeres de Pantar...

—¿Todas son como tú?

—¿Te refieres a la belleza?

—Si.

—Somos muy parecidas, pero todas aspiramos a dominar la

armonía de Alman.

Benson sonrió, complacido.

—Creo que has topado con hueso, donjuán... Tendrás que «armonizarte» si quieres tener partido entre estas mujeres...

Dewey, cuyos ojos brillaban, se acercó a Alman, preguntándole:

—¿Cuál es tu poder, que esa mujer desprecia su belleza?

—¿Mi poder? —el Uman sonrió, débilmente—. No quisiera tener poder alguno, extranjero... Cuando un Uman pierde todo el poder, la armonía le inunda.

—¡Este tipo está hablando con enigmas! —exclamó Arnold, que más burlón que nunca olvidó que los otros le entendían; después, recordando algo, añadió—: Oye, Alman..., ¿coméis carne?

Y guiñó el ojo a sus amigos, como si deseare hacerles ver que no olvidaba el lado positivo de las cosas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el indígena.

—¿De qué os alimentáis? ¿De carne o sólo de vegetales?

—De ambas cosas.

—¡Eso sí que es formidable! ¿Le oís, amigos? Ahora mismo va a decimos de qué manera se las arreglan para evitar que los cuerpos se descompongan tan aprisa...

El Uman frunció el entrecejo y su voz se hizo, por primera vez, grave.

—Ya sé a lo que te refieres, extranjero: vosotros habéis matado, ¿no es eso?

—Sí.

—En Pantar no se puede matar.

-¿Eh?

El asombro se pintó en el rostro de Benson; pero, casi inmediatamente, su estupor se tomó en jolgorio y lanzó una estridente carcajada.

—¿Que no matáis en este planeta? ¡Qué me aspen entonces si entiendo una sola palabra!

La expresión serena del rostro de Alman no había variado. Y fue con la misma voz tranquila y reposada que dijo:

—Vosotros matasteis inútilmente, no obteniendo el beneficio que esperabais... Nosotros no tenemos necesidad de matar para comer. Y voy a demostrártelo con un sencillo ejemplo. ¿Ves ese

árbol, a tu izquierda?

—Sí.

—Sus frutos son deliciosos...

Benson se encogió de hombros.

—¡Yo no hablaba de frutos, sino de carne! ¿Qué me importan a mí los frutos de los árboles?

El Uman sonrió levemente y sin mirar a Dick.

—Esos frutos son los preferidos de nuestras jóvenes.

Naturalmente que Hardy se dio por aludió.

—¿Es verdad eso? —inquirió, mirando fijamente a Ymila.

—Sí.

—¡Pues ahora verás!

Y trepó con una agilidad extraordinaria, llenándose los bolsillos de frutos. Momentos más tarde, con una sonrisa de triunfo, se acercaba a la muchacha.

—Aquí tienes, Ymila.

Pero su expresión cambió al darse cuenta, cuando sacó los frutos del bolsillo y los vio, corrompidos, convertidos en una masa maloliente y pegajosa.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Y de inmediato, cogiendo el rifle, que había dejado a Fred, apuntó al indígena.

—¡Nadie se ha burlado impunemente de Dick Hardy y menos ante una mujer! ¿Por qué has hecho esto, imbécil?

El Unían le miró serenamente.

—Yo no he hecho nada. Has sido tú quien ha hecho daño, herido...

—¡Déjate de monsergas, idiota! ¿No te das cuenta de que ya estamos empezando a estar hartos de tus memeces? ¡O vuelves a hacer que esos frutos sean tan buenos como los del árbol o te mato ahora mismo!

—Yo no puedo hacer eso.

—¡Sí que puedes! ¡Ha sido tu maldita brujería la que ha podrido los frutos y, hasta puede ser, los animales que cazamos! ¡Hazlo o disparo!

El silencio se hizo tremendamente intenso.

Y de repente, una llamarada brotó del cañón del rifle de

Hardy.

Golpeado en pleno pecho, el Uman se inclinó hacia adelante, como si hiciese una póstuma reverencia. De todas formas, la serenidad no desapareció de su rostro. Y se desplomó, pesadamente.

Presto, dándose cuenta de que la situación iba a tomarse peligrosa, Benson y sus compañeros se echaron las armas a la cara, dispuestos a repeler cualquier agresión.

Pero, ante su propio asombro, los Uman se limitaron a mirarlos, acercándose al cuerpo de Alman, que recogieron, alejándose después, en medio de un silencio impresionante...

* * *

Benson terminó su vaso; después, secándose los labios con el dorso de la mano, dijo, como colofón:

—Eso es todo.

Ed encendió nerviosamente un cigarrillo.

—¡Habéis cometido error sobre error!

Hardy se encogió de hombros y con el mismo tono burlón de siempre, murmuró:

—Es claro... ¡Si hubiese venido con nosotros el Supremo Embajador, míster Marric!

Ed ser mordió los labios.

—No digas estupideces, Dick; de nada servirán ahora.

—¿Qué quieres decir? —intervino Benson, que se había servido otro vaso.

—Que ya no lograréis jamás tener al alcance de vuestra mano la amistad que esos indígenas nos tendían.

—A mí me basta la de la muchacha —rezongó Dick.

—Tu cinismo está fuera de lugar, Hardy. Pero si sueñas con que esa muchacha vuelva a acercarse a ti, es que deliras... ¿Cómo quieres que vea al asesino de uno de los suyos?

—¡Bobadas! La chica no entiende de eso y ya la convenceré de que la culpa fue de aquel maldito imbécil... ¡Le mataría mil veces más, si de nuevo me quisiese dejar en ridículo!

—Bueno —intervino Benson, asumiendo la responsabilidad de un jefe—. Todo eso puede discutirse en otra ocasión. Ahora creo yo que lo que interesa es que esos tipos olviden lo ocurrido..., que nos perdonen. No me gustaría andar a tiros cada día. Puesto que tenemos que quedamos aquí, lo mejor es que seamos amigos.

Ed se levantó.

—Está bien... Yo iré a verlos.

Dick dejó oír una risita breve:

—Hay algunos a quienes gusta mucho hacer el héroe...

Pero Marric no le escuchaba. Se había puesto en pie y se dirigía hacia la compuerta.

—Sí.

—¡Eh! —gritó Mike—. ¡Olvidas el rifle!

—No lo necesito para nada —repuso Ed, sencillamente—.

Ya no deseo enamorar a las indígenas ni matar a sus protectores.

Y cerró la puerta.

—¡Adiós..., mártir! —rió Hardy, no muy seguro de sí mismo y visiblemente irritado.

Después se levantó, asomándose al ojo de buey, viendo alegarse a Ed

—Ojalá no vuelvas, imbécil —musitó, con los dientes apretados.

CAPITULO IV

Presa de ideas contradictorias y rememorándose tristemente lo que había oído de los labios de Benson, Ed se alejó rápidamente de la astronave.

Se daba cuenta de que sus amigos habían cometido el error más grande, al ganarse la enemistad de las gentes con las que, quisiesen o no, forzosamente debían de convivir en aquel planeta.

Nada más alejarse de la vista del astrocohete, las ideas de Marric se serenaron, como si la paz que le rodeaba penetrase hasta lo más hondo del espíritu.

¿De dónde provenía aquella paz?

Aquélla era una pregunta que no dejaba de formularse desde que, por vez primera, había contemplado la serenidad que reinaba en aquel mundo. Luego, cuando a pesar del estúpido partidismo de las manifestaciones de Arnold, al relatarle lo sucedido, se dio cuenta de la tranquilidad magnífica de los Uman, no le extrañó nada, ya que las criaturas que habitaban Pantar no podían ser lógicamente de otro modo.

—¿Son superiores a nosotros? —se preguntó en voz alta.

Pero, casi al momento, se percató de lo incongruente de aquella cuestión. Superioridad o inferioridad entre seres humanos era un concepto lleno de trampas, pleno de mentiras, ya que la esencia del hombre ha de ser, forzosamente, idéntica en cualquier mundo.

Lo que debía ocurrir era que aquellas criaturas «habían comprendido». De ahí que la palabra «armonía» fuese para ellos el sinónimo de sabiduría.

Un rugido que surgió bruscamente de su derecha lo dejó helado.

Y momentos más tarde, cuando vio a la fiera, se consideró un estúpido por no haber traído arma alguna.

El animal, una especie de pantera de piel rojiza, estaba plantado a menos de diez yardas de él, contemplándole con sus ojos amarillentos y brillantes.

Luego avanzó...

Ed pensó en buscar refugio en los árboles, pero le separaba bastante distancia del más cercano de ellos y no podía ni soñar en ser

más rápido que el felino.

Este se había detenido a menos de dos metros del terrícola y lo olfateaba intensamente.

Con los músculos tensos, tanto que le hacían daño, Marric esperó, fatalmente, que el salto mortal se produjese.

Pero entonces, cuando estaba plenamente convencido de que la fiera iba a devorarlo, no sin lucha, ya que estaba dispuesto a defenderse, aunque sería completamente inútil, unos pasos furtivos hicieron que la bestia volviese ligeramente la cabeza.

—¡Cuidado, no se acerque! —era una mujer la que acababa de aparecer en el sendero, desoyó la advertencia del terrícola, acercándose tranquilamente al felino, sobre cuya cabeza posó confiadamente la mano, acariciándolo después.

Algo debió decirle, porque el animal se separó de ella, alejándose lentamente y perdiéndose, momentos después, entre las altas hiervas que rodeaban el calvero.

Ed miró a la muchacha.

Coincidía perfectamente con la descripción que Benson había hecho y era, en verdad, prodigiosamente hermosa.

—Gracias —le dijo él, cuando ella estuvo a su lado.

—¿Gracias? —la expresión de asombro sobre el rostro de la joven no podía ser más sincera—, ¿Por qué?

—Por haber alejado esa fiera de aquí. Yo no sabía que estaba amaestrada.

—¿Amaestrada? ¿Qué es eso?

El sorprendido fue ahora Marric, que explicó, lo más claramente posible, lo que en la Tierra se entendía por aquella palabra.

—Ningún *tetra* carnívoro está amaestrado en Pantar —repuso ella.

—¿Entonces?

—Es la armonía

¡Otra vez aquella dichosa palabra!

Pero aquél no era el momento de pedir explicaciones y, por otra parte, Ed no podía olvidar la misión que le había llevado.

—Quisiera hablar con nuestro jefe —dijo.

—No tenemos.

—¿Y Alman?

La mirada de ella se entristeció. Así le pareció, al menos, al hombre.

—Ven — fe dijo la muchacha.

Y cogiendo su mano le condujo, sin decir una palabra más, dirigiéndose hacia las colinas, que recortaban su verde silueta lejos de alli.

Caminaron durante casi dos horas hasta que, cerca de un arroyo, en un paisaje maravilloso, se detuvo la muchacha, señalando el césped.

—Siéntate. ¿Estás cansado?

—Un poco.

Ella sonrió.

—¿Tienes sed?

El rió, divertido.

Y mirando a un árbol vecino contempló, con envidia, los frutos de los que le habían hablado sus amigos; pero también recordó lo que le había ocurrido a Hardy.

Aquello le hizo preguntan

—¿Eres Ymila?

—Sí.

—Yo quisiera ofrecerte unos frutos, Ymila, pero no desearía que se pudriesen en mis manos. ¿Qué ocurre en este mundo para que todo se corrompa?

—Nunca ocurre eso —repuso ella.

—¿Cómo? Yo vi, con mis propios ojos, cómo los ciervos se corrompieron en unos instantes.

—Fue porque tus amigos rompieron la armonía: no se puede matar en Pantar.

—¡Pero Benson me dijo que el cuerpo de Alman no se corrompió!

Ella sonrió.

—Tú quieres saber muchas cosas, pero yo misma no soy más que una pobre ignorante —y cambiando de conversación—: ¿No querías ofrecerme frutos?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Ed.

—Ven, Ed.

El la siguió, hasta que se acercaron a uno de los árboles.

—No es necesario subir al tronco —dijo ella—. Además, si lo haces, dañarás al *arah*.

—¿Qué es eso?

—Todos los árboles son *arah*, y las hierbas y las flores.

Ed comprendió que *arah* quería decir «planta».

—¿Cómo puedo, sin subir al tronco, llegar hasta los frutos? —inquirió, sinceramente extrañado e interesado al mismo tiempo.

—Es muy fácil. Acaricia el tronco y el *arah* hará lo demás.

Marric obedeció, preguntándose qué clase de criaturas había conocido. Pero cuando el árbol empezó a dejar caer frutos, que la muchacha cogía al vuelo, la sonrisa un tanto burlona que iba a entreabrir sus labios, murió antes de nacer.

—¿Te has dado cuenta?

—Sí. Y ahora comprendo que Hardy, al subir al árbol, dañó el *arah* y éste le dio frutos corrompidos.

Ella le miró con una luz admirativa en sus ojos.

—Tú eres diferente, Ed.

—No lo creas. Soy un hombre como ellos. Ymila no dijo nada y juntos se sentaron, junto al arroyo, comiendo los frutos que el árbol les había dado.

Ed los encontró deliciosos, gustando aquel primer alimento que tomaba del suelo de Pantar y que poseía una significación verdaderamente simbólica.

Después de comer y beber, los dos jóvenes siguieron el camino de las colinas. Marric se sentía inusitadamente fuerte y comprendió que los frutos que acababa de tomar debían contener una gran riqueza nutritiva, proporcionándole nuevas y positivas energías.

Así, maravillado, marchó junto a Ymila durante casi toda la tarde y parte de la noche, sin experimentar cansancio alguno. Después, de repente, penetraron por un desfiladero, por el que pasaron al otro lado de las colinas.

Mil luces iluminaban lo que debía ser la ciudad de la que había hablado Benson. Pero aquella iluminación, visiblemente pobre si se comparaba con la de las ciudades de la Tierra, poseía un indudable encanto, y Marric experimentó la misma sensación de paz que había

sentido por doquier.

Al penetrar en la ciudad, se dio cuenta de que las calles eran amplias y de que las casas, todas de una sola planta, estaban rodeadas de grandes y hermosos jardines. Las calles estaban dispuestas geométricamente y la iluminación parecía proceder de aparatos colocados en las ramas de los árboles.

Ymila penetró en uno de los jardines, siguiendo un sendero bien cuidado y pasó después por el arco de una casa.

Ed comprobó que no había puertas por parte alguna.

Pero su asombro llegó al paroxismo cuando, siguiendo a la grácil muchacha, se introdujo en una estancia amplia, de dimensiones verdaderamente colosales... ¡y casi completamente llena de animales!

Los había de todas las especies y familias. Pero lo verdaderamente extraordinario era que carnívoros y herbívoros, irreconciliables enemigos en la Tierra, estaban juntos allí, sin traba alguna, rozando sus pieles atigradas con las de los otros, en las que la lana formaba graciosos rizos.

Un hombre de rostro sereno estaba de pie, sobre una estrada, mirando aquella extraordinaria reunión.

Después dio un par de palmadas y los animales fueron saliendo, tranquilamente, en medio de un silencio verdaderamente sobrecogedor, que sólo las patas y las garras recortaban con su ritmo.

Cuando la sala quedó vacía, Ymila tomó la mano del terrícola, llevándolo hacia la estrada donde el hombre, vestido con una larga túnica azul, les invitó a sentarse en los escalones de piedra.

—Lo encontré en el bosque —dijo ella—. ¿No era a él a quien querías ver, Alman?

—¿Eh? —no pudo por menos de exclamar Ed, mirando a la muchacha y al hombre, alternativamente—. ¿Has dicho Alman?

Fue el hombre quien respondió.

—Sí, soy Alman.

—Pero...

El otro adivinó sus pensamientos.

—No he muerto... ya puedes comprobarlo.

—¡Pero si Hardy disparó contra ti su rifle magnético!

—¿Y qué quiere decir eso?

—¡Que la descarga es necesariamente mortal!

El otro sonrió.

—Es posible que la muerte vaya en esa arma, amigo, pero la muerte no estaba conmigo, porque no puede llegar a mí más que por su recto camino, nadie puede provocarla con maldad.

La cabeza daba vueltas a Marric.

—¿Quieres decir que eres inmortal?

—¿Inmortal? No, amigo... Sólo he dicho que la muerte llegará a mí cuando coincida con mi final..., no antes.

—Entonces..., ¿nadie puede matarte?

—Nadie, al menos que lo hiciese bondadosamente, guiado por la armonía.

Y viendo la expresión que había aparecido en el rostro del joven, se volvió a Ymila;

—¿Quieres dejamos, pequeña?

Ella se levantó, sonrió amistosamente a Ed y salió de la estancia.

Cuando quedaron solos, el hombre continuó hablando:

—Acabo de oír las protestas de los *tetra*... Ellos me han traído también las de los *itkos*, las de los *arah* y hasta los del mundo de *sumba*. Todos ellos están irritados contra vuestra presencia.

—No es culpa mía, Alman.

—Ya lo sé. Un *tetra* que vio la escena de la muerte de los otros, me ha dicho que tú te oponías a aquella destrucción. Por eso, cuando Ymila iba en tu busca, tuvo la suerte de encontrarte.

—¿Qué son todas esas palabras que has nombrado?

El Uman sonrió.

—Los *tetra* son los seres cuadrúpedos; los *itkos* los pequeños seres que se arrastran o vuelan...

—Ya sé, los insectos.

—Los *arah* son las plantas, los seres fijos que se levantan hacia el cielo. El reino de *Sumba* está formado de los seres que no viven como nosotros, pero que son...

Y tocó la superficie del escalón en el que estaba sentado.

—Ya comprendo: las piedras..., los minerales.

—Todo lo que existe en Pantar está regido por las más perfecta armonía y tus compañeros han intentado romperla usando métodos

que nosotros no conocemos.

—¿Intentas decirme que los animales hablan y entienden?

—Ellos sienten... Todo está ordenado y no puede haber maldad entre ellos. Como no la hay entre nosotros, los Uman.

—¿Y por qué no?

Alman sonrió:

—Yo no sé, amigo, de qué mundo procedes y qué grandes males debe haber en él. Pero aquí, la armonía reina y nadie sale perjudicado. Voy a satisfacer tu curiosidad.

»Los *tetras* herbívoros devoran plantas, pero sólo las partes que éstas destinan a tal efecto... y que se separan previamente de la fuente de la vida general...

—¿Y los animales?

—Ocurre con ellos algo semejante. Hay crías que nacen muertas, pero perfectamente conservadas... son éstas las destinadas a que la alimentación carnívora sea un hecho.

—¿Y si los animales carniceros tienen más hambre?

—Todo está calculado, amigo... y el número de crías aumenta o disminuye en razón de la cantidad de seres que deben, por la fuerza de su biología, alimentarse de carne. Igual nos ocurre a nosotros. Los *tetras* nos traen sus crías muertas para que podamos recuperar energías.

—Creo que voy comprendiendo...

—Me alegro. Todo, entiéndelo bien, extranjero, se hace sin violencia, sin maldad. Por eso reina la armonía entre nosotros.

—¡Es fantástico! Pero... ¿ha ocurrido siempre igual?

—Eso no puedo decírtelo porque no lo sé. He oído decir que antes era diferente, aunque no puedo creerlo. Yo siempre lo conocí así.

—Es increíble. Algo así como un paraíso...

Alman enarcó las cejas.

—¿Paraíso...? No sé lo que eso significa. Esto no es más que un hermoso jardín [4].

CAPITULO V

—¿Cuánto tiempo hace que Ed se fue?

Hardy se encogió de hombros, no pudiendo dejar de esbozar una sonrisa de triunfo, ya que estaba casi completamente seguro de que Marric no volvería más.

—Mucho —opinó Mike, pasándose la gordezuela mano sobre la calva—. Y no es eso lo que más me preocupa.

—¿Qué, entonces? —inquirió Arnold, que era quien había hecho la pregunta anterior.

—Las provisiones. Nos quedan seis pastillas para cada uno, sin contar a Ed.

Benson cerró los puños.

—¡Ese imbécil! Ya podía haber esperado, para desaparecer, a haber construido los frigoríficos para la carne.

—¿Por eso te preocupas? —inquirió Cameron—. Voy a ponerme a trabajar inmediatamente y antes de dos horas tendrás un frigorífico transportable en el que quepa un ciervo por lo menos. ¿Me ayudas, Dewey?

Este se levantó.

—Cuenta conmigo, Mike, para todo lo que esté encaminado a hacer posible un positivo banquete.

Pasaron al taller laboratorio del astrocohete, trabajando intensamente en la construcción de una especie de caja rectangular de gran tamaño, dotada, gracias a una pequeña pila atómica, de un fuerte mecanismo refrigerador.

Mike probó repetidas veces el funcionamiento del aparato.

—¡Estupendo! Fíjate que falta poco para lograr el cero absoluto... Con una temperatura como ésta, ¡me río yo de todas las descomposiciones prematuras!

Salieron del laboratorio, cargados con la caja, sorprendiendo agradablemente a los otros.

—Me parece muy bien —dijo Benson—. Ahora no hay más que coger rifles y largamos en busca de un buen ciervo.

—¡Adelante! —se entusiasmó Garve.

—Yo prefiero quedarme —dijo Dick Hardy—. Porque uno de

nosotros debe guardar al *Explorador*. No vaya a ser que esos tipos nos jueguen una mala pasada.

—Hardy tiene razón —apuntó Fred.

Arnold asintió, con un gesto de cabeza.

—Sí, es lo mejor... Pero cuando salgamos a cazar una de aquellas preciosas rubias, seguro que nuestro amiguito no se quedará aquí a esperamos.

—¡Seguro que no! —rezongó el interpelado.

Pero su sonrisa se acentuó cuando los vio alejarse y perderse entre los gruesos árboles del bosque vecino.

Rápidamente volvió sobre sus pasos, apoderándose de todos los comprimidos que había en el armario de la sala donde comían. Poco le importaba que sus amigos le maldijesen; ahora, gracias al frigorífico de Mike, comerían carne y comprenderían que él iba a necesitar todas las raciones para llegar al lugar donde esperaba encontrar a Ymila.

Sin miedo, porque estaba seguro de que los Uman habían comprendido la potencia de los rifles de los terrícolas y no se expondrían, como Alman, a recibir en pleno pecho una de sus mortales descargas.

Estaba dispuesto a describir un amplio círculo, de unas cuantas millas, para evitar que los otros se apercibiesen de que les había abandonado.

Los vio desde una pequeña meseta, viendo a Mike y Fred que iban cargados con el frigorífico.

No debían haber cazado nada, porque Arnold y Patrick iban delante, con los rifles apercibidos.

Pasó la noche junto a las colinas, tomando una de las pastillas y durmiendo en el suelo, ya que intentó encaramarse a lo alto de un árbol, rompiéndose las ramas al primer intento y dando con su cuerpo en tierra.

—¡Maldito planeta! ¡Ni que estuviese embrujado!

A la mañana siguiente encontró muy pronto el desfiladero, llegando poco después hasta una colina que dominaba completamente la ciudad de los Uman.

Se quedó con la boca abierta.

Grande como dos veces Nueva York, ofrecía el curioso aspecto

de sus construcciones de una sola planta, con sus hermosos jardines en los que las casas parecían islotes níveos. El hombre miró arrobado aquella inmensa y a la vez sencilla ciudad, impresionado sinceramente.

Con los potentes prismáticos que llevaba contempló las primeras casas, estremeciéndose de emoción al ver a Ymila; no podía ser otra, saliendo de la ciudad y dirigiéndose hacia el desfiladero en cuya cima se encontraba él.

Se acercó cautelosamente.

Al verla de cerca se percató de la pureza de sus líneas y de la femineidad que brotaba de cada una de ellas. Nunca, tenía que confesárselo sinceramente, había visto una criatura tan hermosa como aquélla.

—¡Ymila!

Ella se volvió, visiblemente sorprendida; pero la turbación de su rostro no duró más que un corto instante: una sonrisa agradable entreabrió ligeramente sus labios.

Él se adelantó, acercándose a ella:

—¡Ymila!

—No soy Ymila.

El estupor se reflejó en el rostro de Hardy, al que parecía mentira que se hubiese equivocado.

—¿Que no eres Ymila?

—No. Soy su hermana Azuma.

—¿Sois gemelas?

—No. Todas las muchachas de Pantar nos parecemos.

El, entonces, vio, fijándose cuidadosamente, ciertos detalles que, en efecto, diferenciaban ligeramente aquella muchacha de Ymila; pero ambas poseían en igual dosis aquella belleza que tanto le impresionaba.

—¿Conoces a Ymila? —inquirió ella.

—Sí. ¿No te ha hablado de mí y de mis compañeros?

—Un poco...

Hardy frunció el entrecejo.

—¿Mal?

—¿Qué quieres decir?

—Que si tú hermana habló mal de nosotros.

Ella le miró interrogativamente:

—¿Mal? ¿Qué es eso?

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro de Dick. Empezaba a comprender, aunque vagamente, la esencia espiritual de aquellas criaturas, para las que el Mal era algo desconocido.

¡El camino se le antojaba mucho más fácil!

—Eres muy hermosa, Azuma... —dijo, mirándola fijamente.

Ella sonrió.

—Tú también eres hermoso, aunque te encuentro un poco raro con esos vestidos.

—¿Tienes esposo?

—No. ¿No te has dado cuenta de que mi túnica es blanca?

—¡Ah! Perdona, pero no lo sabía. He sido muy torpe.

—No tiene importancia. Cuando una de nosotras toma esposo, ha de llevar una túnica azul.

—¡Ymila la llevaba!

—Porque ella tiene un esposo: Ymar.

—¿Iba con ella cuando yo la encontré?

—No. Ymar está al otro lado del mar..., en At-kemón.

—¿Qué es eso?

—Yo no lo sé. Apenas si puedo decirte la significación de esa palabra: «at» significa sin y «kemón» quiere decir explicación...

Dick sonrió, divertido.

—¡Pues me has dejado igual, Azuma! ¡Sin explicación! ¡Vaya enigma!

—Eso no debe preocuparnos, amigo...

—Me llamo Dick.

—Eso no debe preocupamos, Dick. El At-kemón es el origen de la armonía. Y mientras gocemos de ella, nada más debe importamos.

Él había puesto su mano, atrevidamente, sobre la de ella.

Y Azuma no la retiró, bajando los ojos, arrobada.

—¿Dónde ibas, Azuma?

—A por carne para mi familia. Los *tetra* han debido dejarla en el sitio de costumbre, en el centro del bosque.

—¿Quieres que te acompañe?

Ni la palabra carne, que en cualquier otra ocasión le hubiese impresionado, le causó admiración alguna en aquel momento.

—Sí, puedes venir conmigo.

Y echaron a andar, cogidos de la mano, perdiéndose en el intrincado laberinto del bosque vecino.

* * *

—¡Nada!

Se volvió hacia los otros:

—¡Nada! ¡Ni un ave, ni un ciervo! —y mirando a Mike y Fred, que acababan de dejar su pesada carga, exclamó—: ¡Hemos perdido el tiempo, muchachos! Sobre todo vosotros con ese frigorífico que no nos servirá para nada.

Miró rabiosamente a su alrededor, sin ver ni un solo animal.

—Este planeta —aseguró— está embrujado.

—¡No digas tonterías! —protestó Mike—, Lo que ocurre es que no tenemos cebo para atraer a los ciervos y también es posible que hayan huido de esta región.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Fred Garve.

—Regresar —repuso Benson—. Tomaremos nuestras dichosas pastillas y volveremos a salir mañana, a ver si por otro lado tenemos más suerte. ¡En marcha!

Iniciaron el regreso hacia el astrocohete; pero apenas habían recorrido cien metros cuando Patrick, que iba delante, lanzó una exclamación:

—¡Mirad, muchachos!

Se adelantaron, contemplando a los tres animales muertos que habla en medio del sendero.

Los contemplaron detenidamente.

—¿Os dais cuenta de que no están corrompidos?

—Sí —dijo Arnold, con desprecio—, pero no seré yo quien coma animales que seguramente han muerto de una enfermedad.

—Terminaremos locos en este planeta —resumió Fred, cargado, en parte, con el frigorífico—. Matas un animal y se descompone en unos segundos; se muere, según Arnold, de una enfermedad y se conserva mejor que en el frigorífico.

Al llegar a la astronave dejaron el aparato en el exterior, ya que era inútil meterlo dentro. Después penetraron en el astrocohete.

Benson recorrió la astronave, percatándose en seguida de la desaparición de su compañero.

—¡Dick! —rugió salvajemente.

Y volviendo donde los otros le esperaban:

—¡No está Dick!

—¿Eh?

Guardaron un corto silencio.

Uno preguntó:

—¿No habían venido los Uman por él?

—No sé —repuso sombríamente el capitán del *Explorador* después, encogiéndose de hombros—: ¡Qué le vamos a hacer! Cerraremos la astronave y haremos guardia... ¡Saca las pastillas, Dewey! ¡Tengo hambre!

—¡No hay raciones! —rugió.

Benson se precipitó, mirándolo todo, tirando los frascos vacíos al suelo, presa de una cólera tremenda.

—¡El muy perro! ¡Ahora comprendo! Por eso deseaba quedarse en el astrocohete... ¡Juro que le arrancaré la piel a trozos si tengo la suerte de echarle la mano encima!

Hubo una pausa.

—Pero —dijo Mike, al cabo de un rato—, por el memento nos hemos quedado sin víveres.

—¿Y si volviésemos a por esos animales muertos?

Todos miraron a Patrick, que había sido el autor de la sugerencia y que, convencidos de la lógica de su razonamiento, continuó:

—Vamos..., creo yo que mejor será comer algo que nada.

—¡Ese cerdo! —musitó Benson.

Y después de una pausa:

—Creo que Dewey tiene razón. Id por esa carne y la comeremos... aunque reventemos.

Durante tres días, profundamente admirados, comieron de aquella carne, que se conservaba sin necesidad de ser sometida al frio. Todos ellos la encontraron deliciosa y se dieron, la primera noche, un verdadero banquete.

Cuando al tercer día se terminó, Mike descubrió, sorprendido,

que había dos animales más junto a la astronave, llegando todos a la conclusión de que alguien los había dejado.

—No son tan malos como pensábamos, después de todo —dijo Cameron, cuya glotonería no terminaba nunca, pareciendo insaciable.

Pero de todos ellos, Arnold era el que parecía descontento, sin que el alimento calmase su rabia; al contrario, la energía que le proporcionaba aquella alimentación energética no hacía más que aumentar el impulso furioso de su ansia de venganza.

—¡Tendríamos que salir en busca de ese canalla! —decía constantemente.

Ninguno de ellos deseaba empezar una aventura en la que con toda seguridad iba a faltarles el alimento.

¿A qué pedir más?

Por eso aquella tarde en que Arnold tiró el contenido de su plato al suelo, brutalmente, los otros tres le miraron entre sonrientes y enfadados.

—¿Qué tengo en la cara para que me miréis así, imbéciles?

Ninguno de ellos despegó los labios.

—¡Os estáis convirtiendo en unos cerdos asquerosos que no piensan más que en cebarse! ¿Es eso todo lo que deseáis?

Dio un formidable puñetazo en la mesa.

—¡Pues yo no estoy dispuesto a que me ceben como un puerco! ¡Y ya estoy harto de esta carroña que nos sirven esos indígenas! Esta noche cazaré algo vivo, animal u hombre, eso no importa... Y mañana, si vosotros sois tan gallinas como para quedaros aquí, saldré yo solo en busca de Hardy... ¡Quiero ver la cara que pone cuando le mate!

Indudablemente, Benson estaba muy furioso y los otros comprendieron, sin necesidad de decírselo los unos a los otros, que lo mejor era guardar silencio. Así terminó aquella cena.

Pero nadie se retiró a dormir.

Un poco más tarde, Benson apagó las luces de la cámara, abrió el ojo de buey y dispuso un «flash» preparado para iluminar el exterior en el momento preciso.

Con el rifle apoyado en el borde de la ventana esperó pacientemente, sin conceder atención alguna a sus compañeros que,

sentados ante la mesa, en plena oscuridad, detrás de él, esperaban, taciturnos y fastidiados por aquella noche de vela.

Nadie decía nada.

Las horas transcurrieron lentamente.

Fue casi a medianoche cuando un ruido de pasos se dejó oír hacia la izquierda de la astronave, junto a la salida del bosque.

Benson dejó que los pasos se acercasen, pulsando el disparador del «flash», que iluminó la escena.

Al mismo tiempo disparó dos veces consecutivas.

—¡Ya los tengo!

Encendió los reflectores, al tiempo que sus compañeros se acercaban al ojo del buey.

Dos hermosos ciervos yacían en el suelo, junto a los cadáveres de las presas que los hombres conocían ya.

—¡Los traían ellos! —se asombró Mike.

Se quedaron mirándolos... ¡viéndolos descomponerse a toda velocidad!

Y entonces Fred, que comprendió el resultado fatal de todo aquello, se volvió como una furia hacia Arnold:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Ya no nos traerán más carne, estúpido!

Benson retrocedió prudentemente, dándose cuenta de que los ojos de Garve llevaban un mensaje de muerte.

Por eso disparó.

Fred se desplomó como una marioneta, con el tórax deshecho por la sacudida magnética del disparo.

CAPITULO VI

Ed era huésped de Alman. Su anfitrión le dejaba completamente libre durante el día para que, en compañía de Ymila, recorriese la ciudad y la visitase a placer, pero invariablemente, a la noche, y después de la cena, los dos hombres subían a la terraza, se sentaban uno frente a otro y charlaban largas horas.

—Como ves —le dijo aquella noche, que como de costumbre, se habían reunido en la terraza—, nuestro mundo es muy distinto al vuestro.

Alman sonrió:

—El nuestro también fue así...

—¿Cómo la Tierra?

—Sí.

—¿Es posible?

Alman entornó los ojos.

—Ahora ya puedes saber muchas cosas, Ed, ya que te preparo una agradable sorpresa para dentro de unos días. Hace muchos siglos, milenios acaso, Pantar, al menos esta parte, estaba organizada, más o menos, como ese mundo vuestro al que llamáis Tierra. Las leyes biológicas eran ciegas y alimentaban no solamente los instintos naturales de los animales, sino el transfondo de las reacciones de los humanos... como vosotros. Pronto verás cómo se llevó a cabo el trastocamiento más enorme que jamás se ha intentado en parte alguna del universo...

«Nosotros, al hablar con vosotros, terrícolas, hemos tenido que dar a nuestras ideo-palabras un sentido semejante al de vuestros lenguajes. ¿Sabes lo que significa Pantar?

—¿El nombre de vuestro planeta?

—Sí... En realidad y en nuestro lenguaje, Pantar se dice Ymorún, pero eso no tiene ninguna importancia. Nosotros lo hemos traducido, para vosotros como Pantar, palabra un tanto bárbara, compuesta de una raíz griega, *panto*, todo, y del comienzo de una palabra latina: *amoris*, amor...

—«¿El Amor de Todo?»

—Puedes traducirlo como quieras. También podías decir «todo

Amor»; es igual. Pero ésa es la base de la armonía.

—He oído muchas cosas en estos últimos días, pero ninguna tanto como «armonía». ¿Cómo se logró, pues?

—Eso lo sabrás, seguramente, mañana.

Y después de un silencio.

—¿Sigues saliendo con Ymila?

—Sí.

—¿La amas?

Marric no pudo evitar el sonrojarse; pero, reponiéndose rápidamente, contestó:

—Ymila tiene esposo..., lleva túnica azul.

Alman movió la cabeza lentamente de un lado para otro.

—No. Ymila no está atada ya por lazo matrimonial alguno; su esposo ha muerto.

—¿Eh? ¿Muerto?

—Sí.

—Ella me ha dicho muchas veces que Ymar estaba en At-kemón, aunque no supo decirme lo que era eso.

—Es verdad. Ymar ha muerto allá, sacrificado en algo muy importante.

—¡Ella no lo sabe! Esta misma tarde hablábamos de él.

—He de decírselo.

—Es horrible; pero ¿qué es At-kemón?

—La fuente de toda la armonía.

—Perdona, Alman, pero no te entiendo.

El otro sonrió.

—Pronto entenderás. Mañana saldremos para At-kemón. Te reclaman allí, amigo mío... Te lo has merecido.

—¿Yo? Pero... ¿por qué?

—Porque no llevas en ti la esencia de la destrucción, como los otros. Para ellos, para todos ellos, excepto uno que ha muerto, Pantar será un planeta implacable..., un mundo hostil.

* * *

—¡Espera!

Se había despertado poco antes, justo para ver cómo ella corría, locamente, alejándose por el sendero, como si el mismo diablo la persiguiese.

—¡Espera! ¡Eh, Azuma!

¡Qué rara era aquella muchacha!

Él se consideraba plenamente dichoso y esperaba que, al despertar, en medio de aquel amanecer que se le antojaba maravilloso, hubiesen proseguido el camino de regreso, car-gados con la carne que ella había recogido y que le había hecho probar el día antes.

¡Carne!

¿Qué dirían sus compañeros del Explorador si supiesen que la gente de aquel planeta no se alimentaba, como pensaba Benson, de hierbajos?

Corrió tras ella, sin comprender el motivo de aquella inesperada y estúpida huida.

—¡Azuma!

No, no quería perderla.

Apretó el paso, sin dejar de sonreír.

Estaba seguro de que, por mucho que corriese la muchacha, no tardaría en alcanzarla; por eso, a pesar de lo inexplicable que la conducta de ella le parecía, Dick no perdió el entusiasmo.

De todos modos, frunció el entrecejo al llegar a la parte baja de la ladera, no viendo a la joven por parte alguna; poco después, la atisbó corriendo hacia el calvero que había un poco más abajo.

Hardy se lanzó entonces a una desenfrenada carrera, dispuesto a no perder más de vista a la muchacha; en efecto, momentos más tarde, la alcanzaba casi cuando ella desembocaba justamente en el calvero.

Fue entonces, cuando le separaban una docena de metros de Azuma, que las dos fieras aparecieron, lanzándose una de ellas sobre la joven y plantándose la otra ante el terrícola, que se detuvo aterrado.

Maldijo entonces el haber dejado el rifle allá arriba; pero su malhumor dejó paso al pánico que le produjo el ver cómo el otro felino —eran una especie de tigres, pero con piel anaranjada—

despedazaba en un abrir y cerrar de ojos a la desventurada joven.

Después de matarla, el tigre se acercó a su compañero, sin haber probado la carne de su víctima. Con los ojos desorbitados, Hardy sintió que un frío sudor le empañaba el cuerpo, seguro de que su turno definitivo había llegado.

Pero las fieras se limitaron a rugir, obligándole a retroceder, pese a la inmovilidad de sus piernas, que parecían paralizadas, primero poco a poco; después, cuando comprendió finalmente que aquellos animales no deseaban más que se fuese, Hardy corrió como nunca lo había hecho.

Nunca supo cómo llegó hasta el lugar donde había dejado el arma, cómo se apoderó de ella y cómo siguió corriendo, sin volverse, deteniéndose en lo alto de una loma desde donde veía claramente al *Explorador*.

Se quedó allí, largo rato, dudando en sí seguir avanzando inmediatamente, buscando la protección de la astronave o meditar más si era aquello lo que verdaderamente le convenía.

Porque, a pesar del miedo que seguía experimentando ante la posibilidad de que los tigres no hubiesen hecho más que jugar con él, siguiéndole y esperando la ocasión propicia para saltarle encima (todo era posible en aquel embrujado planeta), no olvidaba lo que había hecho a sus compañeros que, estaba seguro, no iban a recibirle con los brazos abiertos.

Fue un poco después, cuando se disponía a descansar un poco, cuando oyó el sigiloso paso de las fieras.

¡No se había equivocado!

Aquellos tigres no habían hecho más que dejarle escapar, momentáneamente, quizá mientras devoraban los restos de la muchacha, siguiendo después su pista, con la seguridad de que tendrían comida asegurada cuando el hambre volviese a espolear sus insaciables entrañas.

El miedo le empujó a acercarse, a tientas —la noche era de una oscuridad impenetrable—, en busca de un árbol que le sirviese de refugio; pero, por dos veces consecutivas, cuando había logrado trepar hasta las primera ramas, éstas se desgarraron, haciéndole caer violentamente en la oscuridad. Eran muchos más de los dos que esperaban y se escurrían tan rápidamente, apareciendo y

desapareciendo a su alrededor, que se dio cuenta de lo inútil que sería disparar contra ellos.

Tenía que buscar un refugio.

Pero, cuando se disponía a hacerlo, se dio cuenta de que la tierra se había tornado pegajosa, como lodo, y que sus pies se hundían hasta cerca de las rodillas, en aquel légamo que le hizo pensar, con horror, en las arenas movedizas.

Inmovilizado por completo, no tuvo más remedio que resignarse a esperar la muerte, que, tarde o temprano, le llegaría.

Las pupilas luminosas de los felinos se iban acercando más y más, pero no pasaron de un par de metros, dejando llegar hasta él el fétido aliento de sus fauces abiertas.

Era completamente imposible experimentar un pánico más horrible y una contracción del cuerpo tan dolorosa como aquélla. Hacía lo imposible por vencer el sueño y el cansancio que le proporcionaba su incómoda posición, manteniendo el rifle fuertemente apretado entre sus dedos, pero con la completa seguridad de que no lo usaría nunca.

Fue casi hacia la mitad de la noche cuando un relámpago surgió de allá abajo, del lugar donde se hallaba el *Explorador*, seguido de dos disparos casi simultáneos.

Una loca esperanza se apoderó de él, dominando, por unos instantes, el crecer constante de su miedo. Creyó, casi desvariando, que sus amigos se estaban abriendo paso entre las fieras para venir a liberarle.

Y su voz sonó, ronca y suplicante al mismo tiempo, en medio de la quietud que siguió a los disparos que partieron del astrocohete.

—¡Corred, amigos! ¡Corred!

Pero su voz se perdió entre sus propios ecos y fue tornándose cada vez menos vibrante, más ronca, hasta que terminó apagándose, en una especie de prolongado y alucinante lamento...

* * *

Benson se despertó con un desagradable sabor de boca. Se sentó

en su litera y encendió un cigarrillo mientras rememoraba los hechos de la noche anterior.

No le dolía haber matado a Fred, ya que estaba seguro que de no haberlo hecho, hubiese sido el otro el superviviente. Pero le molestaba la situación penosa en que había quedado con los otros; además, su furia contra Hardy no había disminuido un ápice.

¿Y Marric?

No había tenido mucho tiempo durante aquellos días para preguntarse lo que habría sido de Ed. Y por mucho que intentó imaginarse muchas cosas distintas, tuvo que llegar a la conclusión de que, con toda seguridad, habría muerto en las manos de los furiosos Uman.

Se encogió de hombros.

Las cosas iban perdiendo toda su importancia y no cabía hacerse ilusión alguna, ya que se encontraba en un callejón sin salida posible. Aquel mundo iba aumentando su hostilidad hacia ellos, haciendo que su desesperación creciese y deseando, posiblemente, que terminasen matándose los unos a los otros, presa de una locura que era el único camino que se les presentaba.

Se levantó, dirigiéndose hacia la cabina de mando. Desde allí, a través del ojo de buey, vio que los otros dos, Mike y Patrick, estaban terminando de enterrar a Garve.

Los encontró en silencio, sin experimentar emoción alguna; después los vio recoger los dos animales muertos, que habían traído los otros que él mató, y dirigirse hacia la rampa del astrocohete.

Momentos después en la cabina de al lado y Arnold fue hacia allí. Los dos le miraron, sin decir nada. Parecían muy cansados y evitaron, en lo posible, que sus miradas se encontrasen nuevamente.

Patrick preparó carne y puso, sin decir una sola palabra, tres platos en la mesa. Aquello convenció a Arnold que daban por terminado el incidente de la noche anterior.

Comieron.

Después, cuando Benson encendió el cigarrillo, los miró, a través del humo de la primera bocanada:

—Ya sé que he cometido un error, muchachos, pero no creo que sea motivo para que nos amarguemos más la vida.

Mike se encogió de hombros; luego se levantó y fue hasta la

ventanilla, sobre cuya capa de plástico transparente puso su rostro; después, sin dejar de mirar hacia la lejanía, dijo:

—El problema, Arnold, es que ya no tendremos más comida.

—Ya lo sé —repuso Benson—, pero yo os prometo encontrar una solución.

Patrick levantó el rostro:

—¡No te hagas ilusiones! Estamos definitivamente perdidos.

—Lo hemos estado desde que llegamos a este maldito planeta —repuso vivamente Benson—; pero, hasta ahora, bien o mal, hemos salido del atolladero.

—Olvidas que ha sido gracias a ellos. De no dejarnos esa comida junto al *Explorador*, ya hubiésemos muerto.

—¿Se lo agradeces tanto, Mike?

El calvo se volvió, dejando ver la despreciativa expresión de su rostro:

—¡No, Benson, no se lo agradezco! ¡Les odio con toda la fuerza de mi alma! Porque nos han tratado como a animales en un parque zoológico, a los que se trae la comida cada mañana, para que sigan sirviendo de espectáculo. Y, además, lo que más me ofende es que hayan sido animales los encargados de darnos de comer.

—Han querido darnos a entender su desprecio —intervino Dewey.

—¡Por eso hemos de hacer algo!

Mike se volvió hacia el ojo de buey, no diciendo nada más. Pero Patrick sonrió:

—¿Qué quieres hacer, Arnold? Ya has visto que nuestras armas no sirven para la caza y que hasta los árboles de este mundo nos han declarado la guerra. Yo, francamente, no veo ninguna solución práctica.

—Yo, sí.

—¿Cuál?

Benson tardó unos segundos en contestar.

—Si pudiésemos llegar a la ciudad de la que nos habló Alman, seguro que nos apoderaríamos de todo lo que quisiésemos, enseñando los dientes a esa gentuza —hizo una pausa; después, tristemente—, pero necesitamos provisiones para el camino. No sabemos dónde está, aunque podemos imaginar que, por lo menos,

se encuentra al otro lado de las colinas.

—Pronto podrás saberlo, con toda seguridad, Benson.

Arnold miró a Mike, que seguía de espaldas, mirando hacia el exterior.

—¿Qué quieres decir, Cameron?

—Has de prometerme que te guardarás tu violencia en un bolsillo. Fíjate bien que no te hemos dicho nada de lo de Fred... Está enterrado y en paz... Pero ni Patrick ni yo con-sentiremos que eso se repita.

Benson tragó saliva.

—Está bien, Mike; queda prometido.

—Perfecto. Ahora ya puedes venir para que veas quién regresa.

Benson y Dewey se precipitaron junto a su compañero.

—¡Es Hardy! —exclamó el segundo.

—¿Ese? —inquirió Benson, horrorizado—. ¿Ese es Dick?

—Ese —repuso Mike—. Un poco cambiado, pero lo reconocería aunque tuviese mil años más.

Y se precipitó a la rampa, saliendo en busca del que regresaba.

Todos le miraron en silencio.

Les parecía completamente imposible que aquél fuese el hombre que solamente unos días antes, había abandonado el *Explorador*. Porque el cambio que Dick Hardy había sufrido era verdaderamente espantoso.

Tenía la cabeza cubierta completamente de cabellos blanquísimos y el rostro arrugado y desfigurado hasta tal punto, que costaba lo indecible reconocer en aquellas facciones bastas y sensuales al hombre que con ellas había presumido de conquistador. Sus manos, como la totalidad de su piel, estaban igualmente cubiertas de arrugas, dejando ver el abultado curso sinuoso de las venas azules. También los dedos ofrecían nudosidades en las articulaciones, que los deformaban lamentablemente.

Él se dio cuenta de que le miraban y bajó la cabeza.

—Ayer tarde —dijo— cuando me dirigía hacia aquí, era como antes, como vosotros me conocisteis... Pero he pasado la noche más larga y horrible de mi vida...

Y, sin levantar la cabeza, les contó todo lo que había pasado

desde el momento en que salió del *Explorador*.

Al terminar su relato, levantó el rostro.

—Todo el planeta está contra nosotros... ya lo habéis visto. Hombres, animales, hasta la tierra que me agarró para que no escapase... Este es un mundo hostil, amigos míos, un mundo del que jamás saldremos.

Pero Benson no le escuchaba apenas.

—¿Tienes las raciones, Hardy?

—Sí. Sólo tomé una vez... Ya os dije que la muchacha me hizo comer de esa carne.

—Sí, ya nos lo has dicho. Háblanos ahora de la ciudad. ¿Hay hombres armados que la defiendan?

—No. Los Uman desconocen la existencia de las armas.

—¡Estupendo!

—¿Qué piensas hacer?

—Dejarte descansar unas horas y ponernos en marcha hacia la ciudad. Aquí no hacemos nada y allá tenemos, al menos, comida en abundancia... ¡Ya verás cómo domo a esos indígenas! Es lo que debimos hacer desde el primer momento.

Hardy no se atrevió a decir nada, pero una especie de premonición espantosa le hizo estremecerse de pies a cabeza.

CAPITULO VII

Entró Marric en la casa, viendo que Alman estaba ya allí esperándole.

—¿Preparado, Ed?

—Sí.

—Vamos a salir en seguida.

—Cuando quieras. Ayer no vi a Ymila y esta mañana sólo la he visto desde lejos... Llevaba una túnica morada.

—Luto.

—¿Le dijiste lo de su esposo?

—No.

—¿Entonces?

Alman bajó la cabeza.

—Azuma, su hermana, ha muerto.

—¿Eh? ¿Azuma? ¡Pero si la vi llena de vida hace sólo unos días!

—Sí. Salió en busca de alimento... y encontró a uno de tus compañeros: a Dick Hardy.

Ed sintió que las piernas le flaqueaban y miró, angustiosa e interrogativamente al otro.

Este asintió con la cabeza.

—Azuma huyó al darse cuenta de lo que había hecho; pero ya era tarde: estaba condenada y los animales el bosque la despedazaron.

—¡Pero si son seres pacíficos! ¿Cómo rompieron la armonía... y mataron, en contra de la ley?

—La armonía no la rompieron ellos, Ed: Azuma la había destrozado. Ellos no hicieron más que olfatear la impureza. A partir de aquel momento, la muchacha no era un Uman, sino algo que había que destruir.

Ed estaba horrorizado.

—¡No hay derecho, Alman! ¡Ella no tenía culpa alguna! Tú no conoces a Hardy y sus horribles tretas con las mujeres... ¡Es el hombre más repugnante que conocí jamás!

—Ya lo sé, amigo... Pero no debes juzgar nuestra justicia desde

un punto de vista terrícola. Somos, no lo olvides, sólo semejantes... Hay mucho que ignoras aún; pero cuando hayas regresado de Atkemón, ya no te extrañará que Azuma corriese hacia su destrucción. Ella misma, si ahora pudiese, nos lo agradecería.

Ed no estaba convencido ni mucho menos.

—¿Y él? Siendo el mayor culpable, ¿qué castigo ha recibido?

—Uno horrible, amigo. Todo lo que él amaba más: su belleza física, ha desaparecido para siempre. Hardy se ha convertido en un viejo horrible, que llorará mucho antes de que su muerte natural llegue. ¿No lo comprendes aún? Los Uman no pueden matar... les está prohibido.

—¿Y Azuma?

—No hemos sido nosotros los que la hemos matado. La armonía está dispuesta y ella debía desaparecer.

—De todos modos —se sinceró el joven—, encuentro excesivamente cruel esa solución, Alman.

—Es posible que tengas razón, en cierto modo, Ed; pero ¿es que los seres humanos, sea cualesquiera el planeta donde vivan, pueden ser perfectos?

—Es verdad. Me había dejado llevar por un momento de ese egocentrismo tan peligroso que tenemos las criaturas humanas.

—Ahora dejemos eso. Hemos de emprender el viaje. Vamos.

Atravesaron la ciudad.

Presa de ideas tremendamente contradictorias, Ed siguió a su compañero, que se detuvo a la entrada de una especie de gruta, cuya puerta metálica abrió con una llave que llevaba colgada al cuello, cerrándola cuidadosamente a sus espaldas.

Casi de inmediato una potente luz se hizo en el interior de la cueva

Marric lanzó una exclamación de asombro.

Porque allí, en el centro de una pista de cemento, había un avión de un tipo supermoderno, cuyo fuselaje brillaba intensamente.

Alman sonrió.

—Te extraña, ¿eh?

—Mucho. Yo no podía pensar que vosotros, un pueblo que, después de todo vive de una manera primitiva, tuviese estos adelantos técnicos.

—No los tenemos, Ed. Este avión es algo completamente desconocido para los Uman. Sólo yo conozco su existencia... ¿Sabrías pilotarlo?

—Creo que á.

—El mecanismo es muy sencillo... Ven y verás.

Momentos más tarde, el aparato pilotado por Ed, que se maravilló ante la sencillez de su manejo, salía de la cueva, al otro lado de unas abruptas montañas, elevándose rápidamente.

—No subas demasiado —le previno Alman.

—¿Por qué?

—No quiero que nos vean desde la ciudad. Ya te he dicho que desconocen esto.

—Bien.

El Uman le dio el rumbo y Ed vio pronto que llegaban al final de las tierras, sobrevolando momentos más tarde un océano de aguas azules, cuyo fin no se veía.

—¿Vamos al otro lado?

—Sí. At-kemón está al otro lado.

Durante las seis horas que duró el viaje, no cambiaron más que algunos monosílabos sin importancia. Finalmente, después de llegar al borde del otro continente, descubrieron una gran dudad de edificios enormes, cuyas cúpulas metálicas brillaban como su fuesen de plata.

—Debes aterrizar allí —dijo Alman, señalando un modernísimo campo de aviación.

Marric estaba maravillado.

Apenas había detenido el avión, cuando un vehículo se les acertó, pilotado por un hombre vestido a lo moderno.

Descendieron del aparato y Alman se acertó al recién llegado.

—Hola, Krum.

—Hola, Alman... ¿es ése?

—Sí.

—Vamos. Nos esperan.

Ed se sentó junto a su amigo, en la parte posterior del coche.

Por último, el coche se detuvo ante un edificio en el que, después de abandonar el vehículo, penetraron los tres hombres.

Marric se dio cuenta de que aquel edificio era el más alto de

todos.

Pero su atención se dirigió principalmente hacia el grupo de hombres, todo ellos de una cierta edad, sentados alrededor de una mesa y presididos por uno, de rostro noble y cabellos canosos.

Se sentó en unión de Alman y su acompañante en uno de los asientos que estaban vacíos.

Luego hubo un silencio.

Ed se sentía inquieto y, al mismo tiempo, extraño en aquel fantástico lugar.

Por fin, el hombre que presidía la reunión y que no había dejado de mirarle, rompió el silencio.

Su voz era sonora y melodiosa.

—Ed Marric conocemos ya el mundo del que llegasteis y eso ha hecho que os tratásemos de una especial manera. Nosotros vimos vuestra astronave que, averiada, se precipitaba hacia Pantar. Gracias a nuestros aparatos magnéticos, evitamos una catástrofe e hicimos que el *Explorador* se posase en las Tierras del Continente Antiguo.

»Pero entonces no sabíamos nada de vosotros, ni de la parte del universo de donde procedíais. Vuestra similitud con nosotros nos hizo pensar que erais semejantes a nosotros en todo... Esa fue, al menos, la opinión de Alman, que tuvo que modificar en seguida.

«Nosotros éramos —y somos, al menos los habitantes de este Continente Nuevo— como vosotros. También las gentes primitivas del otro continente se nos parecían, forzosamente, viniendo de un tronco común.

»Pero mientras ellos vivían en un primitivismo casi completo, debido en parte a las especiales condiciones climatológicas de aquella parte de Pantar, nosotros evolucionábamos rápidamente, desarrollando una civilización muy semejante a la vuestra en la Tierra, con las consiguientes guerras y destrucciones en masa.

»Fue una verdadera suerte para todos que el océano se mostrase poco propicio a la navegación, cosa que ha impedido siempre que construyésemos barcos. Porque has de saber que el mar de Pantar es de mercurio, lo que hace imposible moverse por su superficie. En cuanto al desarrollo de la aviación, tardamos demasiado, ocupados en nuestras guerras intestinas, en conseguir, cosa que favoreció, finalmente, al aislamiento del Continente Antiguo.

«Después, milenios más tarde, cuando las guerras nucleares terminaron con nuestra civilización, quedaron muy pocos, pero en todos ellos había el deseo ardiente de que jamás se repitiesen los horrores del pasado.

»De ellos descendemos nosotros.

Hizo una pausa.

—Fue por entonces, cuando en los primeros vuelos pacíficos, descubrimos, con el natural asombro, que las gentes del Continente Antiguo se habían desarrollado y que, aunque seguían viviendo de una manera ciertamente primitiva, seguían el camino que nuestros antepasados habían tomado: el de la violencia, el odio y la guerra.

»Nos dolió tanto aquello que no pensamos más que en solucionar aquel estado de cosas, soñando en la creación de un mundo, modificando lo ya existente, en el que el Amor fuese la única ley que rigiese los destinos de lo vivo.

»Pronto descubrimos que la herencia era la responsable directa de la transmisión de los instintos fundamentales de cada especie y que, en un hombre, gracias a su inteligencia, degeneraban en pasiones y vicios sin cuento.

»A partir de aquel momento, capturamos seres de todas las especies del Continente Antiguo, empezando a variar el contenido de sus cromosomas.

—¿Injertos genéticos? —inquirió Ed.

—Sí. Todo dependía de la posición de ciertos genes. La vida, desde su creación, se había visto obligada para subsistir a organizar los genes de forma a garantizar la supervivencia de cada especie, sin tener en cuenta las otras. Por eso el animal mataba para comer o devoraba, destruyéndolos, los vegetales que le servían para vivir. Había en los genes de los cromosomas una “desarmonía” espantosa.

»Esa fue nuestra labor, amigo. Poner armonía donde no la había y hacer desaparecer, en cierto modo, unos instintos que bien enfocados podían servir para que el continente se convirtiese en lo que es: un mundo de paz.

Ed estaba sinceramente maravillado.

Ahora se explicaba muchas cosas que, hasta entonces, habían estado oscuras para él.

—Era una manera de pagar —prosiguió el otro— todo el daño

que habíamos hecho en el pasado. Comprendemos perfectamente que nuestro mundo no es el ideal, pero lo consideramos mucho más humano que el otro, en el que las pasiones lo dominaban todo.

—¿Y Alman? ¿Qué papel juega en todo esto?

—Alman es uno de los nuestros. Cada cincuenta años aproximadamente, mandamos un nuevo inspector al Continente Antiguo.

—Ya comprendo... Por eso Alman no murió al ser atacado por Hardy.

El presidente sonrió tristemente.

—Alman está muerto en cierto modo.

—¿Eh?

Y se volvió, espantado, hacia su amigo.

Este asintió con la cabeza.

—Es verdad, Ed... Nosotros no estamos protegidos contra la muerte violenta. Sólo una vacuna especial prolonga nuestra vida, cuando ésta, como la mía, está ya prácticamente destruida. Es un suero que prolonga un poco más la existencia que ya no nos pertenece.

—Alman dice la verdad —intervino el de los blancos cabellos —. Su vida se está terminando... y ése es el motivo de que hayamos deseado conocerte.

»Tú has sido la excepción de la regla: algo que nos ha hecho concebir la posibilidad de que tu raza no siga el destructor camino que siguió la nuestra.

—Si en algo puedo serviros...

—Sí. Tú eres el eslabón que buscábamos en nuestro afán de llevar el bienestar y la paz del Continente Antiguo a todos los planetas del universo. Queremos ayudar a los hombres a defenderse contra ellos mismos... Y sólo tú puedes hacerlo.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Antes de que vosotros llegaseis a Pantar, nosotros habíamos empezado un experimento con Ymar, el esposo de Ymila, que reunía especiales disposiciones para ello; pero, por desgracia, un error de cálculo hizo que las modificaciones genéticas se torciesen, dando como producto un verdadero monstruo... al que nos vimos obligados a eliminar.

—¿Y queréis repetir la experiencia conmigo?

—Sí.

—Estoy dispuesto.

—Lo sabíamos.

—¿Y mis compañeros?

—Tú mismo has de dictar su suerte y su destino.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué no los dejamos que regresen a la Tierra?

—Como quieras. Vuestro *Explorador* está fuera de uso; pero fabricaremos otro astrocohete igual, para que tus semejantes regresen a su sistema.

—Está bien.

Se levantaron y el viejo presidente se acercó a él.

—Sólo deseamos que tu sacrificio sirva para algo, hijo mío.

—Yo estoy seguro de que servirá.

Y salió tras ellos, dirigiéndose a los laboratorios.

Alman, que también iba en la comitiva, cayó de rodillas, de repente, desplomándose después en el suelo.

Cuando Ed se precipitó sobre él, arrodillándose a su lado, ya era demasiado tarde.

Había muerto.

CAPITULO VIII

Avanzaron a marchas forzadas, siguiendo las instrucciones de Hardy, que era el menos entusiasmado de ellos.

Durante los dos días que tardaron en pasar las colinas, se alimentaron exclusivamente con las pastillas de las raciones químicas que Dick les había devuelto. La marcha se hizo cautelosa y silenciosa a medida que se acercaban al desfiladero.

Después de atravesar el desfiladero, penetraron finalmente en una de las amplias calles que, en aquel momento, estaba completamente desierta. Gracias a aquello, pudieron escoger una de las casas, pasando por el jardín y, finalmente, penetraron en ella.

Una familia —los padres y tres hijos, uno de ellos niña— estaban allí y todos ellos volvieron la cabeza hacia la puerta cuando los cuatro terrícolas penetraron bruscamente en la estancia.

No parecieron, sin embargo, manifestar alarma alguna y sonrieron, ofreciendo asientos a los recién llegados.

—Os doy la bienvenida —dijo el padre.

La vista de los alimentos cortó los impulsos violentos de los hombres que, una vez acomodados, empezaron sin más preámbulos a devorar la exquisita carne que había en los platos.

Los otros los contemplaban en silencio.

Mike, el glotón, fue el primero en terminar su ración.

—Quiero más —dijo, mirando a la mujer.

Esta sonrió.

Salió de allí y segundos más tarde regresó con una fuente llena de comida.

Prosiguieron devorándolo todo, sin cambiar más que algunas miradas entre ellos; pero, de repente, al ir a servirse nuevamente, por tercera vez, Mike lanzó una exclamación de asombro:

—¡Eh, muchachos, fijaos en esa fuente!

—¿Qué quieres decir?

—O estoy loco, o ese cacharro es de oro macizo.

Y para demostrarles que tenía razón, levantó la fuente, sonriendo triunfalmente.

—¡Cómo pesa!

La fuente pasó de mano en mano y todos ellos pudieron comprobar que lo que había dicho Cameron era cierto.

Benson levantó la cabeza, mirando al jefe de la familia:

—¿De dónde habéis sacado esto?

El hombre sonrió.

—Lo hizo mi padre. Tenemos muchas igual...

—Todo el mundo tiene fuentes como ésta en la ciudad.

Arnold se pasó la lengua por los labios.

—¿Os dais cuenta de nuestra mala suerte?

—¿Por qué? — inquirió Patrick.

—Porque hemos descubierto esto cuando no hay posibilidad de llevárnoslo a la Tierra... ¡Qué fatalidad!

—¡Si pudiésemos arreglar el astrocohete!

Benson se volvió hacia Dick, que era el que había hablado.

—No sueñes, Hardy; pero, de todos modos y por si algo fuese posible alguna vez, más valdrá que vayamos controlando todo lo que tenga valor.

—¿Qué quieres decir?

Arnold bajó la voz:

—¿Creéis que sería demasiado difícil hacernos los dueños de esta ciudad? Todavía no sabemos nada de ella y es posible que encontremos hombres capaces de forjar un nuevo transmisor para el Explorador.

Hardy entornó los ojos.

—Creo que el que sueñas eres tú, Arnold.

—No lo creas. ¿Habéis olvidado lo que nos dijeron en la escuela de astronáutica? Si se pudiesen hacer las piezas del transmisor de un astrocohete de oro puro, su resistencia seria formidable... ¿Lo recordáis?

—Sí.

—Esta gente es capaz de hacer platos y fuentes... Si les proporcionamos los moldes necesarios, serán igualmente capaces de irnos fabricando las piezas del transmisor, que nosotros montaremos con una doble alegría: la de irnos de aquí y la de, a la llegada a la Tierra, desmontar el transmisor y convertirlo en dinero...

—¡La idea es formidable!

—Sin embargo...

Arnold miró a Hardy, cuyo rostro se había ensombrecido.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que olvidas algo, Arnold... Esta gente es completamente distinta a nosotros y jamás les harás trabajar, porque es imposible ordenarles nada. Su vida está completamente organizada y tampoco podrás utilizar la fuerza.

—¿Qué significan todas esas tonterías, Dick? Creo que has olvidado algo importante: las armas.

—No conseguirás nada.

Sonrió cruelmente.

—Eso es lo que vamos a ver.

Y levantando la voz, los Uman se habían retirado un poco, como si no deseasen molestar a sus huéspedes, se dirigió al padre.

—¿Dónde fabrican estas fuentes?

—En los hornos.

—¿Qué otras cosas se hacen allí?

—Objetos de adorno.

—¿Y de dónde se extrae el mineral?

—De las colinas.

—¿Hay mucho?

—Mucho. Nunca se acabará.

Arnold sonrió.

—Desearíamos visitar los hornos. Pero antes quisiéramos conocer a vuestro jefe.

—No está en la ciudad.

—¿Quién es?

—Alman.

Hardy palideció, mordiéndose los labios.

—¿Alman? ¿No ha muerto? —inquirió Dick, al cabo de unos penosos instantes de silencio.

—Alman no puede morir.

Arnold frunció el entrecejo.

—¡Ya te lo decía yo! —exclamó Hardy, nerviosamente—. ¡Son inmortales!

Benson le fulminó con la mirada.

—¡Calla, estúpido! ¿No nos dijiste que la muchacha fue destrozada por los tigres?

Y mirando al Uman.

—¿Vosotros tampoco morís?

—Sí. Nosotros somos diferentes. Alman vino de At-kemón: por eso no puede morir...

—¿Qué es eso?

—At-kemón es lo desconocido.

Benson sonrió.

—Está bien. ¿Quieres acompañarnos a los hornos?

—Sí.

—¡Vamos, muchachos!

—¿No os dais cuenta? —inquirió Arnold—. Son capaces de la menor reacción. Ellos deben saber lo ocurrido con la muchacha que mataron los tigres, pero no tienen intención de vengarla.

—No comprenden el mal —musitó Hardy.

—¡Mejor que mejor! Si fuesen como nosotros, hubieran acabado con todos en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando penetraron en el homo vieron que se trataba de un taller muy completo, donde trabajaban cerca de un centenar de hombres. Su jefe, un Uman llamado Akor, salió a recibirlos, saludándolos con simpatía.

Arnold fue directamente al grano: —Queremos que nos hagáis unas piezas para nuestra nave del espacio. Porque supongo que sabrás quiénes somos.

—Sí. Sois los hombres que llegaron del otro lado del cielo..., pero no puedo hacer nada para vosotros.

—¿Por qué?

—La armonía prohíbe fabricar objetos que no sean los dictados por Alman. Si éste autoriza lo que pides, haremos lo que él mande.

—Pero Alman no está aquí.

—Ya lo sé. Tendréis que esperar a que él venga.

Arnold cerró los puños.

¿Esperar a Alman? ¡Valiente estupidez! Suponiendo que siguiese vivo, después de la descarga magnética que Hardy le había disparado en pleno pecho, jamás consentiría a que sus enemigos se le escapasen.

Porque, indudablemente, el tal Alman era un tipo inteligente que, valiéndose de las más absurdas supersticiones, que seguramente

había metido en la cabeza de aquellos simples, se convirtió en el dueño de todo aquello.

—No, no puedo esperarle.

—Lo lamento.

La cólera de Benson estalló.

—¿Es que no me entiendes, imbécil? Lo que quiero decirte es que vas a ponerte a trabajar ahora mismo... ¡Ahora mismo!

—Lo lamento — repitió el otro.

Pero fue lo último que dijo.

Arnold disparó a bocajarro.

Era la primera vez en vida que veían el final de uno de ellos, en manos de una muerte violenta.

—¡Atrás! —rugió Benson, esgrimiendo su rifle magnético—. ¡Atrás o haré lo mismo con todos vosotros!

El miedo se leía claramente en sus rostros.

—¡Atrás!

Obedecieron prestamente, y Benson se dio cuenta de que había ganado la partida. Así, acercándose a uno de ellos, preguntó: —¿Cómo te llamas? —inquirió, apuntándole con el rifle.

—Serok... —balbució el otro.

—Tú vas a ser el nuevo jefe.

—¿Yo...?

—¿Quieres morir como ese estúpido?

Serok temblaba como una hoja.

—No..., no quiero morir de esa manera.

—Entonces, no tienes más que obedecerme. Manda seis hombres, a los que uno de los míos acompañará, para desmontar la pieza que quiero me hagáis. ¿Entendido?

—Sí. Estoy dispuesto a obedecer.

Benson se volvió hacia sus amigos. Una sardónica sonrisa iluminaba diabólicamente su rostro.

—Ve con ellos, Mike... Y no dudes en disparar si las cosas no van a tu gusto. Yo voy a empezar aquí otro trabajo.

—¿Qué piensas hacer?

—Obligar a que me entreguen todos los objetos de oro que hay en la ciudad. Voy a cargar el *Explorador* hasta los topes.

* * *

El entierro de Alman hizo posible que Ed visitase el gigantesco mausoleo donde eran enterrados los enviados que mandaban desde aquella fantástica ciudad al Continente Antiguo.

Supo así que todos ellos se llaman Alman y que esta palabra significaba, literalmente, «enviados».

Cuando los funerales terminaron, el presidente tomó el brazo al terrícola.

—Ahora debemos ir al laboratorio.

Todos los miembros de aquel consejo se sentaron alrededor de una gran mesa, empezando a discutir el procedimiento genético que iban a emplear con Ed para convertirle en un nuevo Alman.

Pero Marric no les escuchaba apenas.

Algo había cambiado, desde la muerte de su amigo, sin que supiese explicarse por qué. Muchas cosas de las que había hecho causa de fe, impelido por su juvenil entusiasmo, se derrumbaron ahora, tan estrepitosamente, que le parecía mentira que horas antes hubiesen constituido casi su razón de ser.

De aquel tremendo naufragio espiritual, sólo quedaba una cosa: su amor a Ymila, que había salido indemne de la catástrofe que había hecho que el resto se desplomase.

Su estado de ánimo hizo que mirase a aquellos hombres, reunidos a su alrededor, y cuyas palabras escuchaba apenas, de muy distinta manera a como lo había hecho en la reunión anterior.

¿Qué le pasaba?

Era como si una potente luz se hubiese abierto en su alma, esclareciéndole todas las cosas de golpe, haciéndole ver nítidamente lo que hasta entonces había contemplado a través de una especie de pasión puramente intelectual.

Por eso, cuando el presidente se dirigió concretamente a él, con una sonrisa en los labios:

—Todo está dispuesto, amigo... Podemos empezar.

El, poniéndose en pie, miró fijamente a aquel hombre:

—No, no lo haré.

—¿Es? ¿Por qué?

—Porque acabo de darme cuenta de muchas cosas. He vuelto, afortunadamente, a ser sencillamente humano.

—¿Qué quieres decir?

—Que acabo de descubrir vuestro gran error, amigos. Y no es que quiera decir que vuestros propósitos no hayan sido dictados por la bondad, por el ansia de librar a los humanos y a los no humanos de la crueldad de unas leyes biológicas; pero habéis olvidado algo fundamental: que vuestras criaturas no son naturales.

—¡Lo son a nuestro modo!

—Por eso son más imperfectas que las otras.

—¿Eh?

—Yo no soy más que un hombre —dijo Ed, con vehemencia—, pero estoy orgulloso de serlo... sencillamente. Ya sé que mis cromosomas llevan una herencia turbia, que hay pasiones en mi alma y que lo bueno y lo malo lucha constantemente en mi espíritu; pero ¿qué sería de mi vida sin lucha?, ¿qué objetivo tendría mi existencia si no fuese el de superarme a cada momento?

»¡Mirad a esas criaturas de las que estáis tan orgullosos! Sin voliciones, sin deseos, buenos o malos, que encauzar, habéis hecho una humanidad anodina, absurda, cuya finalidad es sólo vegetar esperando una muerte que siempre es igual. ¡No son humanos! En la Tierra, los hombres de ciencia han creado máquinas, de aspecto remotamente humano, que cumplen mil tareas distintas... Nosotros los llamamos robots: son simples máquinas... ¡Eso son vuestras criaturas: robots, máquinas, ruedas dentadas de la más absurda máquina!

» ¿Y queréis hacer de ese modelo la copia en todos los mundos habitados? ¿No os dais cuenta de que es una ficción estúpida, que habéis arrancado del alma de esos seres el don más precioso, el más valioso de todos?

—¿Cuál es, según tú?

—El libre albedrío, lo que da al hombre su libertad, lo que le aleja del mero concepto de la materialidad, lo que le empuja a morir por una causa ilógica, a pasar hambre por repartir su escasa comida con los semejantes, lo que le hace amar algo con más intensidad que a sí mismo...

»¿Cómo os habéis atrevido a remedar algo cuyo profundo destino ignoráis por completo? ¿Creéis que esas criaturas anodinas, que esos animales sin instintos pueden significar algo en el orden del universo? Sólo matando el alma puede conseguirse seres así, que son insensibles como piedras. Porque, si bien les habéis hecho desconocer el mal, les habéis privado, al mismo tiempo, de amar el bien...

—¡Eso no es cierto! ¡Viven en el bien!

—¡No seáis necios! El mal y el bien son dos polos distintos, opuestos, antagónicos... Quitad el uno y arrancaréis de cuajo el sentido del otro, que carecerá de todo valor. Si la noche se hiciese eterna, como en los espacios siderales, ¿qué significación tendría un desconocido e ignorado día?

—¿Quieres que los Uman vuelvan a pelear como lo hicieron nuestros antepasados? ¿Que se desangren en guerras inútiles? ¿Que se odien?

—¡Sí!

Le miraron, horrorizados.

—Sí. Deseo que peleen, que luchen, que se odien, hasta que sepan, por sí mismos, que deben amarse, que no deben pelear. Pero quiero que lo consigan sin necesidad de que se arranque de ellos lo que les pertenece. Que marchen por el camino de abrojos que es la vida, que sepan distinguir el bien del mal... ¡Que sean hombres, en el más completo sentido de esta hermosa palabra!

«¡Devolvedles su libertad!

—No.

Ed sonrió.

—No importa. Tarde o temprano, ellos lo conseguirán. Porque nadie puede torcer impunemente el curso de la vida: su devenir es inmutable. Y entonces, cuando despierten de esa especie de estúpido letargo en el que los habéis sumido, os odiarán y maldecirán, porque se darán cuenta de que les habéis robado lo más precioso para una criatura humana: la libertad.

—Eso quiere decir que deseas regresar con los tuyos.

—Sí. Ellos son malos, torpes, envidiosos, ambiciosos..., pero son humanos..., son humanos. Pueden pensar y escoger.

El presidente bajó la cabeza.

—La astronave estará dispuesta inmediatamente. Un hombre como tú no tiene cabida entre nosotros.

CAPITULO IX

Se llamaba Iluk.

Serok, el nuevo jefe del homo, le había confiado el mando del grupo de obreros que debía acompañar a aquel terrícola regordete y calvo.

Pero Iluk estaba inquieto.

La caída del jefe de los hornos había despertado en él nuevas ideas, sentimientos surgidos de lo más hondo de su ser y que se iban apoderando rápidamente de su espíritu.

Por eso, sintiendo una imperativa llamada, se colocó al lado del terrícola, espiándole detenidamente, vigilando sus movimientos, sin perderlo de vista un solo instante.

Hasta que se decidió.

Su ataque fue tan inesperado, que Mike no se dio cuenta más que cuando el otro le había arrancado el rifle de las manos... y le apuntaba con él.

—¿Eh? —no pudo por menos de exclamar.

Pero Iluk no era ya un simple Uman, sino un nuevo hombre, dueño de un arma poderosa: un ser en el que, de golpe, la fuerza de los instintos volvía a cobrar carta de naturaleza.

—¡Ahora mando yo! —rugió.

Los otros, sus compañeros, le observaban con los ojos muy abiertos, no comprendiendo al principio lo que le podía ocurrir a Iluk, asombrados hasta un extremo indescriptible.

Pero aquello no duró mucho tiempo.

Iluk vigilaba al terráqueo, que se había quedado mortalmente pálido. Por eso, el Uman no se dio cuenta de que su compañero se había apoderado de una piedra y, dando lentamente la vuelta, se colocaba a su espalda.

Fue algo rapidísimo.

Iluk cayó al suelo con el cráneo destrozado y su enemigo se apoderó velozmente del rifle. Pero no tuvo tiempo de sonreír triunfalmente, como ya había empezado a hacerlo.

¡Porque todos los otros «habían despertado a la vida de los instintos»!

Fue una salvaje lucha, a muerte, sin piedad, por la posesión del arma. Y Mike, que no esperaba más que eso, salió corriendo hacia la colina tras la que estaba la astronave, seguro de llegar antes al astrocohete que volver a la ciudad, posiblemente perseguido y alcanzado por el que resultase vencedor.

Acababa de llegar a lo alto de la pequeña colina cuando lanzó una exclamación de asombro.

¡Había dos astronaves!

Dos *Explorador*, completamente idénticos, el uno al lado del otro. Por un momento su mente fue un verdadero caos; pero, reponiéndose y recordando el peligro que podía llegar detrás de él de un momento a otro, siguió corriendo, reconociendo, al acercarse, al viejo *Explorador*, en cuyo interior penetró a toda velocidad.

Después de cerrar la compuerta, buscó un arma, encontrando rifles en la armería de a bordo.

Apenas se acercó al ojo de buey vio al indígena que, con el arma en la mano, avanzaba hacia las naves del espacio. Mike sonrió, ya que aquel infeliz no podía imaginarse la sorpresa que le esperaba.

En efecto.

Bajó el plástico del ojo de buey, apuntando cuidadosamente a la silueta que crecía por segundos en su punto de mira; después, cuando consideró llegado el momento, apretó decididamente el gatillo.

El Uman se desplomó sin vida, lanzando un ronco grito.

Cameron no perdió el tiempo.

Salió del astrocohete, apoderándose del rifle que yacía junto al cadáver, pero la sorpresa le enmudeció al darse cuenta de que aquel cuerpo, en contra de lo que había visto hasta entonces... ¡no se descomponía!

Volvió después junto al otro *Explorador,* penetrando en su interior y recorriéndolo con una emoción indecible. Cuando poco después se dio cuenta de su magnífico estado y de que el transformador estaba en perfectas condiciones, dio un salto de alegría, imaginándose la cara que pondrían sus compañeros al conocer la noticia.

Ahora no debía temer nada, ya que ningún Uman estaba armado. Así que, después de cerrar cuidadosamente el nuevo astrocohete, se

dirigió tranquilamente hacia la ciudad.

* * *

—¿No has notado nada, Benson?

Arnold se volvió hacia Hardy, sonriendo.

—¿Decías algo, Dick?

—Que si has notado algo en la actitud de estos tipos. Fíjate que empiezan a miramos con rabia.

—¿Y eso qué? Mientras sigan trayendo cosas de oro, me importa un bledo lo que piensen; yo no miro a sus caras, sino a los kilos de metal que se están amontonando aquí. ¿Te das cuenta de la riqueza que poseemos ya? ¡Podríamos fundir tres transmisores como los del Explorador!

Pero Hardy no le escuchaba.

El veía las cosas de otro modo y apenas si miraba al montón enorme de objetos que ocupaba ya parte de la estancia.

Se fijaba en los rostros.

Patrick ayudaba a Arnold a colocar los objetos, y, como él, no tenía ojos más que para el metal.

El primer incidente estalló poco después, cuando un grupo de Uman penetró en la antesala del homo. Benson les miró, sobre todo sus manos vacías.

—¿Qué queréis? —inquirió, con voz áspera.

—Ya no hay más oro.

—¿Eh? ¿Me habéis tomado por tonto? —se volvió y señalando cuanto allí se amontonaba, añadió—: ¡Aquí no hay ni la centésima parte de lo que corresponde a una ciudad como la vuestra

—Ya tenéis bastante.

Benson no se dio cuenta, como Hardy, del fatal significado de aquella respuesta. Para Dick las cosas estaban tremendamente claras, ya que los Uman no habían sentido jamás la avaricia y ahora defendían algo a lo que nunca dieron importancia.

¿Qué cambio se estaba produciendo en aquellos seres?

—Si tenemos o no bastante —rugió Arnold—, es cuestión

solamente nuestra. Vosotros no tenéis más que obedecer, a menos de que queráis que empecemos nuevamente a manejar los rifles.

El que parecía llevar la voz cantante, sonrió.

—Puedes empezar a disparar. Toda la ciudad está fuera, esperando que lo hagas para lanzarse al asalto del homo. ¿A cuántos podrás matar? Eso no tiene importancia, ya que nunca podrás eliminar a todos.

Dewey, que no había perdido ni una sílaba, se asomó a una de las ventanas, palideciendo intensamente.

—Es verdad, Benson —dijo, acercándose al otro—. Estamos completamente rodeados.

Arnold se mordió los labios.

Se dio cuenta de que no tenía más remedio que ceder.

—Está bien -dijo—. Haremos lo posible para arreglarnos con lo que habéis traído... ¡Fuera de aquí!

Pero ninguno de ellos se movió.

—¿Qué demonios esperáis? —gritó, con irritada furia.

—Venimos a recoger todo lo que nos habéis robado. Son cosas que pertenecen a nuestras familias y no estamos dispuestos a dejaros nada.

Arnold se dio cuenta de que había hecho mal en mostrarse comprensivo, señal inequívoca de una debilidad que los otros estaban dispuestos a aprovechar.

Debía haberse impuesto, a pesar de las amenazas de aquellos tipos, no escuchando las palabras cobardes de Patrick, que se había asustado al ver el gentío que había fuera.

Así, sin pensarle más y sin responder a lo que el Uman había dicho, disparó repetidas veces, cubriendo de cadáveres la puerta de la sala.

—¿Qué haces? —gritó Hardy, aterrorizado.

—¡Calla, imbécil!

Y siguió disparando.

Cuando no quedó ningún Uman vivo, Benson se volvió hacia sus dos compañeros.

—¡Vosotros sois responsables de que nadie entre aquí! Tú, Hardy, ponte junto a la ventana y abre fuego contra el que intente acercarse; tú, Dewey, haz lo mismo desde el lado de la puerta. Yo

voy a decir que empiecen a fundir inmediatamente el oro de ahí dentro.

Y penetró en el homo.

Los Uman estaban allí, silenciosos, mirando al terrícola con una clara expresión de rencor en sus rostros. Pero Arnold vio también claras muestras de miedo y aquello le tranquilizó.

—¡A trabajar! Coged el oro necesario y empezad a fundirlo.

Obedecieron.

Poco a poco, los objetos fueron cayendo en el gran crisol y el metal empezó a fundirse.

Benson volvió a la sala.

—Fijaos bien que cuando llegue Mike empezará a abrirse paso a tiros. Ese no lo pensará tanto. Vosotros tenéis que ayudarle con el fuego de vuestros rifles.

Penetró nuevamente en el homo, siguiendo atentamente el trabajo de los Uman.

Pero su imaginación estaba bien lejos de allí.

Pensaba en la llegada a la Tierra y en el momento en que desmontasen el transformador de energía, convirtiéndolo en un verdadero tesoro que lo enriquecería definitivamente.

Después de todo, habían tenido suerte.

Varias veces pasó a la estancia vecina, preguntando si había noticias de Cameron. Finalmente, cuando Patrick le llamó, corrió hacia la ventana, viendo a Mike que, con el rifle en las manos, pasaba tranquilamente por entre el gentío, que le miraba con odio.

—¡Es un valiente!

Pero dándose cuenta de que venía solo, dijo:

—¿Y el transformador? ¡Este idiota es capaz de haber fracasado!

Una rabia loca se apoderó de él.

Al entrar Cameron, avanzó amenazadoramente hacia él, con los ojos desorbitados.

—¿Qué has hecho, imbécil? ¿Y el transformador?

—No hace falta.

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

—No, pero poco ha faltado.

Y después de sonreír, contó lo que había ocurrido con los

Uman que le habían acompañado y el descubrimiento del segundo *Explorador*.

—¿Seguro que no has visto espejismos?

—No. Y aún más: estoy completamente convencido de que eso es obra de Ed.

—¿De Ed?

—Sí. He oído cosas y sé que Marric debió ganarse la confianza de estas gentes. Seguro que lo del astrocohete es obra suya.

—¿Has visto si estaba en forma para despegar?

—Completamente. No tenemos más que subir a él y largamos.

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro de Benson.

—¡Mucho mejor! ¡Mucho mejor! —exclamó, entusiasma-do—. Voy a decir que hagan lingotes de oro fundido... Esperadme aquí y no dejéis de vigilar.

Pasó al taller, dirigiéndose a los Uman:

—¡Cambio de órdenes, amiguitos! Hay que hacer lingotes con el oro que está en el crisol.

—No se ha fundido.

—¿Qué quieres decir?

—Que algo debe funcionar mal. Ven tú mismo y compruébalo.

Se acercó, precedido por el Uman.

—Puedes mirar por aquella mirilla —le indicó el indígena.

Arnold se alejó un poco del crisol, acercándose a un dispositivo especial, dotado de algunos espejos combinados, que permitían ver el interior desde arriba.

El brillo del metal le cegó por unos instantes.

Y, en aquel momento, el Uman hizo un gesto y otro que estaba al lado contrario, manejó diestramente una palanca, haciendo que el colosal crisol se inclinase velozmente hacia el lugar donde se encontraba Benson.

Su alarido murió apenas nacido.

Una masa líquida humeante, como lava dorada, cayó sobre él, envolviéndole tan rápidamente que no tuvo tiempo ni de caer, quedando allí, en pie, velozmente solidificado.

Fue entonces cuando Mike entró, curioso por ver lo que ocurría y cómo iban las cosas en el taller.

Este estaba completamente vacío.

No tardó en darse cuenta de que los Uman habían huido por una estrecha ventana que había al fondo. Pero no vio a su camarada.

—¡Arnold! —llamó.

Luego, al retroceder hacia el crisol, vio aquella especie de rudimentaria estatua dorada, de la que sobresalía la forma tosca del rifle y un estremecimiento le recorrió el cuerpo, al tiempo que lanzaba un grito de terror.

Los otros dos, alarmados por aquel rugido, penetraron en el taller.

—¿Qué pasa? —inquirió Dewey.

Pero no hizo falta que Cameron contestase.

—¡Lo han convertido en oro!

Hardy temblaba de pies a cabeza.

—¡Es el castigo por nuestra ambición! ¡Yo le avisé, pero no me hizo caso!

—Tenemos que huir de aquí —musitó Dewey.

Lentamente, con los rifles apretados entre los dedos, se dirigieron hacia la puerta. Mike fue el primero en llegar, viendo que el gentío seguía allí, inmóvil y compacto como si estuviese compuesto de seres de piedra.

—Nunca lo lograremos —dijo.

—Hay que intentarlo —sugirió Cameron—. Yo he venido hasta aquí y nadie me ha molestado.

—Porque deseaban que cayeses en el cepo donde estábamos nosotros — repuso Hardy—. Estamos perdidos.

—¡Lo veremos!

Y Mike salió.

Las primeras filas se abrieron, dejándole un paso.

Confiados, los otros dos imitaron a Mike, pegándose a él. La gente se iba retirando, pero Dewey, que iba el último, se dio cuenta de que el gentío se cerraba estrechamente tras ellos.

Poco a poco, Mike se percató de que los Uman se retiraban más a desgana, teniendo que empezar a dar empujones y golpes con el rifle. La masa se volvía más densa, menos obediente y una especie de rugido monstruoso empezó a brotar de los miles de gargantas allí congregadas.

Era como si se encontrase en medio de un mar humano, cuyo

oleaje aumentase por momentos, haciéndose más denso cada vez.

La calva de Mike empezó a cubrirse de un sudor frío.

El terror se apoderó de los terrícolas.

Por eso Hardy, cuyo pánico era indecible, empezó a gritar:

—¡No nos llevamos nada vuestro! ¡Hemos dejado el oro en el taller! ¡Dejadnos pasar!

—¡Eso es! —le imitó pronto Dewey—. ¡No nos llevamos nada!

Mike era incapaz de decir nada.

La presión fue aumentando...

Hasta que la masa de gente se cerró definitivamente, negándoles el paso.

Lo demás fue tremendamente breve.

Los rifles les fueron arrancados violentamente y cien, mil, diez mil manos se tendieron, convulsivamente, para destrozar aquellos cuerpos, aquellas odiosas criaturas que habían despertado en ellos ancestrales instintos que ahora ya eran incapaces de dominar.

EPILOGO

El avión se posó al otro lado de las colinas, penetrando, bajo la experta mano de Ed, en el reducto de la gruta.

El nuevo Alman le acompañaba.

Una vez descendieron del aparato, el Uman posó una mano sobre el hombro del terrícola.

—Cree que lo siento sinceramente.

—¿El qué?

—Que te vayas.

Marric sonrió, tristemente.

—No discutamos más de eso, amigo. Ya os he dicho lo que pensaba... Estas criaturas del Continente Antiguo no son humanas y no lo serán hasta que no les devolváis la libertad.

—¿Para qué la necesitan, si son felices?

—Es una felicidad ficticia, anodina, sin esencia propia.

Habían llegado a la puerta y el Alman la abrió con las llaves que había recogido del cuerpo del Alman anterior.

Un rugido colosal llegó hasta ellos.

—¿Qué es eso? —inquirió el Uman.

Ed no contestó.

Abriendo el estuche de los gemelos, los enfocó hacia la ciudad, viendo a sus habitantes corriendo por las calles, arrastrando los cuerpos de los astronautas y lanzando roncos gritos, mientras algunos empuñaban los rifles capturados a los terrícolas.

Sin decir nada, pasó los prismáticos al Uman.

—Creo que tenías razón. Pero es doloroso ver la manera como han vuelto a la libertad.

—Todos los cambios son dolorosos, amigo mío. Y éste, especialmente, debía serlo más. Debes volver a At-kemón.

—¿Por qué?

—Porque tu misión ha terminado aquí.

—No lo creo. Ellos me recordarán y respetarán.

—¡No hagas locuras! El mal se ha apoderado de ellos, aunque no tardará en empezar a ser vencido por el bien. Por el momento, la furia les domina, pero ya ves que no se hacen daño los unos a los

otros. Han matado a mis camaradas, que para ellos significaban lo extraño, lo enemigo. Y harían igual contigo.

—¡Yo no puedo abandonarles!

—No lo están, Alman. Su libre albedrío les guiará mucho mejor que tus inútiles consejos.

—¡Voy a comprobarlo!

Y Ed no pudo hacer nada por impedirlo.

El también marchó hacia la ciudad, pero por camino distinto, con intenciones concretas. Ahora se encontraba en su ambiente, sabiendo que podía usar la violencia si era necesario, ya que estaba dispuesto a conseguir sus propósitos, costara lo que costase.

Llegaba a la altura de una de las colinas vecinas ya a la ciudad, cuando, desde allí arriba, vio al Alman al que ya rodeaba una turba rugiente.

No quiso ver más.

Siguió cuidadosamente el camino que se había trazado, caminando por lugares en los que le fuese posible mantenerse oculto. Luego, al encontrarse ya cerca de las primeras casas de la ciudad, juzgó más prudente esperar la llegada de la noche.

Cuando la oscuridad le envolvió, salió del escondite donde había permanecido pacientemente todo el día, penetrando por las calles y marchando siempre por la zona de las sombras. Todo iba bien hasta que, de repente, tropezó, sin saber cómo, con un Uman que, para el colmo de las desdichas, llevaba uno de los rifles.

La reacción de Ed fue verdaderamente instantánea.

Tuvo la ventaja de que, mientras él iba preparado a cualquier eventualidad, el Uman caminaba tranquilamente, seguro de haber terminado con todos los enemigos de su pueblo.

Por eso, a pesar de su inferioridad, Marric logró golpear a su contrario, dejándolo sin sentido. No quiso, por eso, confiar demasiado en su suerte y utilizando las vestiduras del Uman, lo ató y amordazó sólidamente, encerrándolo en un jardín vecino, lejos de la luz que los frutos luminosos de los árboles lanzaban sobre las calles.

Prosiguió su camino.

Ahora iba armado, aunque deseaba no tener que emplear el rifle. Así, tan cautelosamente como antes, llegó a la casa que buscaba, penetrando por la puerta del jardín y avanzando hacia el interior.

Ella estaba allí, en la estancia principal.

—¡Ymila! —llamo.

Ella levantó la mirada, clavando la pureza de sus ojos en los de él.

—Ymila.

Se acercó a ella y le tendió las manos, siguiendo la costumbre de los Uman, que así solicitaban la amistad.

Ella tendió las suyas.

—Vamos.

No dijeron nada durante el transcurso del camino que, por calles secundarias, les llevó hasta fuera de la ciudad. Después, ya en el bosque, él pasó uno de sus brazos por la cintura de ella.

—¿Sabes qué voy a llevarte conmigo?

—Sí. Te esperaba.

—¿Te dijeron que Ymar había muerto?

—No, pero yo lo sabía. Lo leí en los ojos del Alman...

—También ha muerto.

—¿Se ha de ser cruel para ser humano, Ed? ¿Se ha de matar para serlo?

—Es algo difícil de explicar, pequeña. Quizá sea, en un principio, necesario todo eso... Es algo que, por el momento, no puedes comprender: la vida.

—Yo creí siempre que la vida era la nuestra, la de los Uman.

—No, Ymila. Aquello no era vida... Porque alguien había traicionado su sentido. Y aunque no lo hizo con malas intenciones, se tomó prerrogativas que no le pertenecían. Los seres de At-kemón pecaron por orgullo, tomándose por demiurgos.

—¿Crees, entonces, que fracasaron?

—Sí.

—¿Es un error no desear la violencia?

—Sí y no... Hacerla desterrar entre los humanos es un deber, Ymila; pero desear arrancarla de la vida es un error tremendo. Porque la violencia no es tal cuando está guiada por el instinto: es su ley fundamental.

—No te entiendo.

—¿Por qué ha de matar el carnívoro para alimentarse? ¿Hay maldad en un acto que le dictan sus instintos?

—No.

—Nosotros podemos considerar eso como maldad, crueldad o violencia; pero las leyes de la vida no opinan así.

—Los Uman han matado... y no son animales.

—Lo son, en cierto modo. Y es precisamente por eso por lo que han matado. Ahora ya saben que eso es malo, pero no ignoran tampoco que pueden hacerlo: se les ha enseñado el mal y ellos han de esforzarse por no hacerlo.

Hubo una pausa.

—¿Tu mundo es así, Ed?

—Sí. Es un mundo donde lo bueno y lo malo luchan dese el principio del tiempo; pero no temas, querida... El hombre empieza a darse cuenta de lo estúpido que es servir al mal. Poco a poco, a través de muchas dolorosas experiencias, nos hemos ido percatando de que el bien es nuestro verdadero camino.

»Hay hombres que todavía no lo creen y se dejan arrastrar por la ambición, la maldad, la perversidad... Pero van siendo los menos. La gente gusta del bien y lo demuestra en muchísimas ocasiones.

Habían llegado junto a las astronaves.

—Ahora —dijo él— vamos a hacer un largo viaje. Podré, hasta que lleguemos a la Tierra, explicarte un poco nuestra historia, la historia del hombre que, como verás, se diferencia poco de uno a otro planeta. Puede haber diferencias que, aparentemente, parezcan enormes; pero, en el fondo, todo es semejante.

»Allá donde hay un hombre hay amor, odio, pasión, despecho, paciencia, caridad. Son como sus esencias principales. Y, por encima de ellas, dominándolas desde una altura infinita, se halla su libre albedrío, el motor de su alma, el mentor de su espíritu.

»¿Qué importa que la lucha sea ardua, larga y dolorosa...?

»Es un camino lleno de abrojos y espinas, Ymila; pero, a pesar de todo, un camino magnífico que ha de llevarnos a conseguir que el hombre, con minúscula, merezca su verdadero nombre: el de ser, sencillamente eso: un Hombre.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento



Al terminar el primer mes



Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre ....

Apellidos ....

Calle .... **Nº** .... **Piso** ....

Población .... **D. Postal** ....

Provincia ....

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo liquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts





MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco. Funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita inglesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (130 x 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

[illegible]

REF.	ARTICULO	PRECIO

PAGO REEMBOLSO GASTOS DE ENVIO **150**

IMPORTE TOTAL ______

Nombre ______ Edad ______
Domicilio ______ Tel. ______
Población ______ Dto. Postal ______
Provincia ______ Fecha de pedido ______

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notes

[←1]

«C» es la velocidad limite, igual a la de la luz.

[←2]

Una velocidad espacial de «un día-luz» a la hora equivale, aproximadamente, a unos 25.000 millones de kilómetros.

[←3]

Es evidente que sin la Polar, que marca el norte en nuestro Sistema, ha de buscarse otra estrella para orientarse, sin que el nuevo norte tenga otra significación que la que los hombres le den, puramente convencional.

[←4]

Juego de palabras, sirviéndose de la etimología. En efecto, paraíso proviene del latín *paradisus* y este del griego *paradeisos*, significando un lugar amenísimo; pero la verdadera etimología viene del persa *faradaica*, que significa, literalmente, «jardín». (N. del E.)